JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

PEPA DONCEL

COMEDIA EN TRES ACTOS Y DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro Calderón, de Madrid, en la noche del 21 de noviembre de 1928.

CUARTA EDICIÓN

Printed in Spain.

MADRID
LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)
(Fundada en 1828.)
Calle del Arenal, núm. 11.
1929

PEPA DONCEL

JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

PEPA DONCEL

COMEDIA EN TRES ACTOS Y DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro Calderón, de Madrid, en la noche del 21 de noviembre de 1928.

CUARTA EDICIÓN

Printed in Spain.

MADRID
LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)
(Fundada en 1828.)
Calle del Arenal, núm. 11.
1929

Madrid. — Imp. de Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Quintana, 31.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FELISA...........................	Sra. Membrives.
CIRA..............................	Sra. Astort.
GENOVEVA......................	Sra. Ortiz.
SOFÍA............................	Sra. M. Sampedro.
LA MARQUESA.................	Sra. Garrigó.
DOROTEA........................	Sra. Moreu.
DOÑA ZOILA....................	Sra. A. Picot.
FIÍTA.............................	Sra. Custodio.
GONZALO........................	Sr. Soto.
SILVERIO........................	Sr. Perales.
EL OBISPO......................	Sr. Aragonés.
LEO...............................	Sr. Grases.
EL MARQUÉS...................	Sr. Marco.
EL SECRETARIO DEL OBISPO...	Sr. Suárez.
UN CRIADO.....................	Sr. García.

APUNTADORES..................	Sr. S. Ferrer. Sr. J. P. Romeu.



ACTO PRIMERO

Sala de una casa provinciana. Mobiliario a la antigua. Un piano. Sobre una mesa, servicio de café y licores.

ESCENA I

FELISA, LA MARQUESA VIUDA DE LOS ARENALES y el SEÑOR OBISPO, sentados en un diván. DOÑA ZOILA, EL MARQUÉS DE SAN SILVESTRE y el SECRETARIO en otro grupo. SOFÍA toca el piano, y, cerca, sentados unos, otros de pie, GENOVEVA, SILVERIO, FIÍTA y LEO. Al levantarse el telón, Sofía termina de tocar algo muy patético y sentimental. Murmullos de aprobación.

MARQUESA. Hija, muy bien... ¡Y decías que no estabas en dedos!...

SOFÍA. Si hará lo menos cuatro meses que no abro el piano...

MARQUESA. Porque tú lo dices.

OBISPO. Muy bien, doña Sofía, muy bien; con mucha expresión y gran sentimiento. Y es muy difícil eso que usted ha tocado. ¿Música alemana, verdad? Usted, Martínez, que tanto admira la música alemana, ¿conocería usted, de seguro, esta hermosa composición?

SECRET. Sí, Ilustrísima. He tocado muchas veces la transcripción para violín y contrabajo con el padre Molina.

OBISPO. Gran músico también el padre Molina. ¡Y gran inteligencia! ¡Lástima que sea un espíritu tan inquieto!...

MARQUESA. ¿Inquietud nada más dice Su Ilustrísima? Bondad de Su Ilustrísima, porque ¡vamos, que la última campanada!...

OBISPO. No hay que acordarse. Y, con permiso de doña Felisa, de todos ustedes, me despido. Mañana es día de despacho, hay que madrugar. ¿Verdad, Martínez? ¡Digo! ¡Buen día nos aguarda!... *(Saludando.)* Doña Felisa, Marquesa, doña Zoila... *(Todas le besan la mano.)*

FELISA. Entonces..., ¿quedamos en que Su Ilustrísima nos citará a junta cuando lo crea oportuno...?

OBISPO. Sí, señora; avisaré a ustedes con tiempo para que no me falte ninguna. Hay que activar, hay que activar esa buena obra. A ustedes no hay que decirles nada. Si no fuera por ustedes...; pero hay gente remolona y hay que espolearla.

MARQUESA. Todos prometen, y a la hora de cumplir, el dinero siempre anda premioso. A propósito, yo hablo y soy la primera que está en falta. No es culpa mía. Hace tiempo que di la orden al administrador, pero los administradores no parece sino que administran lo suyo. También son premiosos...

OBISPO. ¡Por Dios, Marquesa! Usted nunca está en falta. Felisa, Sofía, Fiíta, Genoveva, Dios os bendiga... *(Todas, como antes, le besan la mano. Felisa ha llamado antes y han entrado dos criados llevando candelabros de plata con bujías.)*

FELISA. Vamos todos a acompañar hasta el portal a Su Ilustrísima.

OBISPO. ¡Cuánta molestia!... *(Salen todos con gran ceremonia, y, a poco, vuelven todos, menos el Obispo y el Secretario.)*

ESCENA II

DICHOS, menos el OBISPO y el SECRETARIO.

MARQUESA. Silverio, no se te olvide decir mañana al administrador que envíe ese dinero al Secretario de Su Ilustrísima.

SILVERIO. Se lo diré.

MARQUESA. Y es preciso que tú también des algo.

SILVERIO. Ya lo he pensado.

LEO. *(Aparte a Genoveva y a Fiíta.)* También yo pienso..., pienso sablear a mamá y quedarme con algo. Lo mismo que pensará Silverio, salvo que él sableará a todo el mundo y se quedará con todo.

FIÍTA. No hables mal, Leo. Por culpa tuya nos estamos haciendo una de antipatías... Las de Retornero ya sabían lo que dijiste de los vestidos que llevaron al baile del casino. Y la otra tarde, en la glorieta, me dijeron una de impertinencias y de groserías...

LEO. También yo tuve que darme unos mamporros con su hermano. El caso es que él es el primero que se burla de sus hermanas...

FIÍTA. Es natural... Todos vemos las faltas de la familia, pero no nos gusta que las vean los demás, sobre todo que las publiquen. ¡Si sabré yo lo que eres tú!, y cuando me dicen algo de ti me molesta mucho...

LEO. No sé por qué. ¿De mí qué pueden contar? Burradas. Y hoy, ¿qué muchacho no hace burradas? Y si no hiciéramos burradas, a ver que íbamos a hacer para hacerles gracia a las chicas, que se mueren por las burradas...

FIÍTA. A mí no me cuentes, y a Genoveva supongo que tampoco. No nos hacen maldita la gracia.

LEO. Eso creéis vosotras. Pero hoy no diréis que no he estado catafalco...

FIÍTA. No hubiera faltado más sino que delante de Su Ilustrísima hubieras hecho el ganso...

LEO. ¡Si creerás que Su Ilustrísima no sabe meterse en juerga cuando llega el caso!...

FIÍTA. ¡Leo, por Dios! No digas disparates...

SILVERIO. *(Acercándose al grupo.)* ¿A quién despellejas, Leoncito?

LEO. Hace mucho tiempo que todo el mundo está aquí en carne viva.

SILVERIO. ¿No crees que hay nada bueno en Moraleda? ¡Y lo

dices delante de tu hermana y de Genoveva..., que, cada una por su estilo, son dos muchachas encantadoras, de las que ya sólo quedan raros y preciosos ejemplares! Ya sabes que yo «retraso», como decís vosotros. Aunque no puedo llamarme viejo...

LEO. Yo tengo veintidós años y siempre te he conocido lo mismo.

SILVERIO. ... por mi educación, por mis costumbres, soy de otro tiempo. Vosotros, los chiquillos de ahora...

LEO. Llámanos parvulillos para guardar distancias.

SILVERIO. No estamos tan distanciados. De los veintitantos a los treinta y tantos, si hubiera distancia, más que los años la marcaría la formalidad.

LEO. La formalidad sólo la estiman los acreedores. Y en ese terreno neutral creo que tú y yo somos contemporáneos.

SILVERIO. ¡Cualquiera que te oiga y te crea!...

FIÍTA. *(A Genoveva.)* No hagas caso a mi hermano.

GENOVEVA. Es divertido...

SILVERIO. *(Aparte a Leo.)* Acabas de decir una inconveniencia.

LEO. Una broma, chico.

SILVERIO. ¡Delante de Genoveva!...

LEO. ¡Ah, es verdad! Perdona, chico; había olvidado la combinación.

SILVERIO. Pues si te llamas amigo mío...

LEO. Sí, chico; amigo hasta..., hasta la consumación de ese matrimonio, con el que ni tus acreedores ni tus amigos iremos perdiendo nada. Los acreedores tendrán probabilidades de cobrar, y los amigos haremos excursiones en magníficos «autos», nos invitarás a partidas de caza, juergas por todo lo alto... En Madrid, por supuesto, porque aquí... El reino de la ostra. Aquí no puede pasarse de la burrada. Es todo lo que te permiten.

FIÍTA. *(A Genoveva.)* No me digas que no lo sabes.

GENOVEVA. De verdad, no sé nada. Mamá nada me ha dicho, ni creo que la Marquesa haya hablado con ella.

FIÍTA. Pues, sí, hay plan. Mira, después de todo, para como

están los hombres..., Silverio es un hombre muy bien educado. Hay alguna diferencia de edad, eso sí; pero, hija, si los muchachos están imposibles todos... En plan burro, como mi hermano. Yo no lo pensaría, ¿y tú?

GENOVEVA. Yo no pienso en casarme. ¿Querrás creer que es una cosa en que nunca he pensado en serio?

FIÍTA. Porque todavía no habrás querido a nadie.

GENOVEVA. Claro que no.

FIÍTA. Sí, lo que es en Moraleda... Muchachos guapos sí hay, pero son muy brutos; ¿verdad que son muy brutos?

GENOVEVA. Hay algunos inteligentes.

FIÍTA. Sí, los intelectuales, pero... Esos son feísimos y de una pedantería... Prefiero a los otros. En el M. S. C. hay unos muchachos, sobre todo el portero...

GENOVEVA. ¡Ay!, ¿qué es eso?

FIÍTA. ¡Mujer!... ¿No sabes? M. S. C., Moraleda Sporting Club. Y el portero, Julito Casanueva, que es el Valentino del fútbol. ¡Como no vienes nunca a los partidos!...

GENOVEVA. A mamá le aburren, y sin mamá ya sabes que yo no voy nunca a ninguna parte. *(Siguen hablando en voz baja.)*

MARQUESA. Su Ilustrísima está muy ilusionado. Y yo no quiero pensar mal, pero me parece que esa obra no lleva camino de empezarse.

D.ª ZOILA. Yo tengo mi criterio; pero a mí no me gusta decir nada hasta que no sucede lo que yo pienso.

MARQUÉS. Es lo mejor.

FELISA. Pues sería una lástima. Todo lo que se haga por las criaturas desvalidas...

MARQUESA. Si el caso es que a todo el mundo le parece muy bien, pero, aquí, en este pueblo, la gente es..., como es. Todos quieren figurar en primer término, y de no ser así...

FELISA. Si es porque Su Ilustrísima acordó que fuera yo la presidenta... ¿Les ha molestado a las otras señoras? Ya sabe usted que yo siempre propuse que fuera usted la que nos presidiera... Nadie como usted...

MARQUESA. Ya sabe usted que yo fuí la primera en proponer que fuera usted la elegida. Usted ha sido la primer donante por cantidad con que nadie, usted lo sabe, ha de contribuir ni por lo más remoto. Usted está, como nadie, en condiciones de ayudarnos siempre que haga falta. En fin, que por muchos conceptos ha sido acertadísimo el nombramiento.

FELISA. Pero si yo supiera que el ser yo presidenta era un inconveniente para que otras señoras contribuyeran...

MARQUESA. Deje usted, que se fastidien, que rabien... Bastante han mangoneado en Moraleda. Mientras nos tenga usted a su lado...

FELISA. Ya sé que ustedes son muy buenas amigas.

MARQUESA. Conmigo y con Zoila no se atreven. Sabemos las historias de todas. Delante de nosotras roen, pero no muerden.

MARQUÉS. ¿Sabes la hora que es?

MARQUESA. Sí, sí; ya nos vamos. No quiero que nos diga tu mujer que te sacamos de tus casillas. ¿Cómo está la pobre?

MARQUÉS. Como siempre. Lleva treinta y cinco años muriéndose... Gracias a que a todo se acostumbra uno. El día que suceda lo que ha de suceder nos parecerá mentira.

MARQUESA. Sí que pasa la pobre.

MARQUÉS. Pasamos. Todos pasamos.

MARQUESA. No olvide usted, Felisa, que el domingo comen ustedes en casa. Nosotros solos, en la intimidad, en familia, que podamos hablar de muchas cosas. *(Al Marqués.)* A ti, José Manuel, no te digo nada... Si Filomena no está peor...

MARQUÉS. Peor no puede estar.

MARQUESA. ... Te esperamos también. Delante de ti también puede hablarse de todo. Mi hermana Zoila y su cuñado de usted hubieran hecho unos cartujos... No os perderéis por hablar. ¿No vienes, Sofía? Es muy tarde...

SOFÍA. Genoveva quiere oír un poco de música alegre, que no era cosa de tocar delante de Su Ilustrísima.

MARQUESA. ¡A estas horas música...!

SOFÍA. Aún no son las once... En casa nos acostamos tarde.

MARQUESA. No madrugaréis como nosotras... En fin, si te quedas... *(Despidiéndose.)* Fiíta...

FIÍTA. Marquesa...

MARQUESA. Adiós, Leo. Ya me han dicho el mote que has puesto a Zoila. ¡Pobre de ti si se entera...!

LEO. ¿Yo? ¡No es verdad...! Es que todo lo que dicen por ahí tengo yo que decirlo.

MARQUESA. No..., si éste ha sido muy acertado... ¡Doña Mussolini...! Que no se entere, que no se entere... Felisa, hasta mañana. Nos veremos como todos los días. Nosotras no faltamos a nuestras devociones.

FELISA. *(Saludando.)* Doña Zoila.

SILVERIO. Felisa...

MARQUESA. *(Despidiéndose.)* Genoveva, tú también eres de pocas palabras, y así está bien; eres juiciosa. Por algo he simpatizado tanto contigo. Ya lo saben todos en casa.

FELISA. Muy amable, Marquesa.

MARQUESA. ¿Vamos? *(Salen la Marquesa, doña Zoila y el marqués de San Silvestre. Silverio, Felisa y Genoveva los acompañan, y quedan solos Sofía, Fiíta y Leo.)*

SOFÍA. ¿Qué os decía yo? Esto va por la posta. La de Arenales sabe mucho...

FIÍTA. No me parece que Genoveva está muy entusiasmada...

SOFÍA. Genoveva hará lo que quiera su madre. ¿Y qué más puede desear que emparentar con los Arenales para asegurarse en Moraleda? Ya sabe ella que con todo su dinero está prendida con alfileres.

LEO. ¿Llamas alfileres a todo su dinero? En estos tiempos, y yo creo que en todos, esos alfileres son clavos. Ya lo hemos visto esta noche. La mesa, presidida por el señor Obispo... ¿A ver quién dice ahora que no se debe venir a esta casa?

SOFÍA. Su Ilustrísima tiene que agradecer de algún modo

que el dinero de esta casa sea siempre el primero para todo lo que se necesita. Y un prelado de Cristo ha de recordar siempre la historia de la Magdalena.

LEO. Yo creo que, para Su Ilustrísima, esta Magdalena y todas las Magdalenas le interesan como las de repostería: cuando tienen muy buena pasta...

SOFÍA. ¡Qué cosas dices, hijo!...

FIÍTA. ¡Vuelve Felisa...! *(Entran Felisa y Genoveva.)*

FELISA. ¿No se han aburrido ustedes mucho? ¡Leo ha estado de una seriedad...!

LEO. ¡Tutankámico...!

SOFÍA. Más vale, porque con sus tonterías nos está dando unos disgustos... Claro es que todo lo que se dice en Moraleda se lo cuelgan a él.

LEO. Eso no nos ha sucedido más que a Quevedo, a Benavente y a mí.

SOFÍA. La Marquesa se ha ido muy escamada porque nos quedábamos. No sé por qué. Debía saber que soy muy buena amiga suya, sin dejar de ver sus defectos; ¿quién no los tenemos? Pero podía comprender que en esta ocasión no iba yo a ser tan imprudente que hablara mal de ella, sabiendo de lo que se trata entre ustedes.

FELISA. ¡Por Dios, Sofía...! Que no hemos tratado nada... La gente habla demasiado pronto.

SOFÍA. ¡Bah! Sería una alianza muy ventajosa para los Arenales y para ustedes también, amiga mía. La casa de Arenales es una fuerza en Moraleda, por tradición, claro está... Por dinero, desgraciadamente, la casa, desde hace mucho tiempo, vino muy a menos. La casa se sostiene gracias a la hermana de la Marquesa, doña Zoila, que ésa sí conserva lo que heredó de su marido. Ella, donde usted la ve, parece insignificante, pero en la casa no se hace más que lo que ella dispone. Apenas habla, pero lo poco que habla es para decir siempre: «Ya he dicho que quiero que se haga esto; ya he dicho que no quiero que se haga esto otro.» Y no hay más que hacerlo o no hacerlo.

Por eso mi Leo la llama doña Mussolini. Y gracias a Dios, a la Marquesa, su hermana, le ha hecho muchísima gracia. Pero Dios nos libre el día que ella se entere, porque doña Zoila es de cuidado. ¡Pero, Jesús...! Sin darme cuenta no parece sino que quiero prevenir a usted en contra. Nada de eso. Todo me parece muy bien. Y Genoveva, ¿qué dice? Silverio es un hombre formal. La «corrió» en su juventud, cuando malgastó, en dos o tres años, lo poco que heredó; porque en sus tiempos la casa ya estaba arruinada. Pero ahora es un hombre serio. Eso sí, hay alguna diferencia de edad, porque Silverio debe andar... Deje usted... Yo me casé... Bueno, iba a calcularle la edad por la mía, y no me conviene la cuenta... ¿Pero a quién voy a engañar yo con estos hijos? Pues si le dijera yo a usted que Silverio podía ser su padre...

FELISA. Mi marido también me llevaba algunos años, y no ha habido mujer más feliz que yo en su matrimonio.

SOFÍA. Bien hemos visto que la quería a usted mucho.

FELISA. Su recuerdo es sagrado para mí. Es la compensación de todo lo malo que haya podido haber en mi vida. La bondad de aquel hombre..., tan sencilla, que si yo no hubiera sabido lo que en su vida de tristeza, de lucha, significaba aquella bondad, no le hubiera dado ningún mérito, porque su bondad era de las que suele decirse: respira bondad. Porque así era, tan sencilla, tan natural como el respirar.

SOFÍA. Todos los Cifuentes han sido unos perfectos caballeros. Su cuñado de usted, este Marqués de San Silvestre, también es una buena persona.

FELISA. Excelente. Conmigo se ha portado muy bien. Desde que llegamos mi hija y yo a Moraleda se ha desvivido por atenderme y por servirnos.

SOFÍA. El pobre es una víctima de su mujer, que, como él ha dicho, lleva treinta y cinco años muriéndose, y enterrará a su marido y nos enterrará a todos. Estos agonizantes de por vida son temibles. Lo sé por experiencia. Lo mismo era mi suegra y enterró a todos

sus hijos y a todas sus nueras, menos a mí. Conmigo no pudo. Y enterró hasta bisnietos. ¡Y cómo se parece su cuñado de usted a su hermano!... Que era, como yo he dicho siempre, el perfecto caballero español.

FELISA. Muy español, eso sí, aunque pasó su vida viajando por todo el mundo.

SOFÍA. Y a pesar de tener aquí la mayor parte de sus intereses, nunca quiso vivir en Moraleda. Lo que no comprendo es cómo usted se resigna a vivir aquí.

FELISA. Yo no puedo permitirme el lujo de desatender mis intereses, los de mi hija... Mientras vivió mi marido, con sus grandes empresas y sus negocios significaba muy poco lo que aquí había. Ahora no es lo mismo: sólo contamos con esto.

SOFÍA. Que ya es bastante, amiga mía... Por todos estilos Genoveva es un buen partido. Ya sabe la Marquesa lo que se hace. Lástima que Silverio no sea algo más joven.

FELISA. ¡Por Dios, Sofía! Que le aseguro que no se ha tratado nada en serio; que ni la Marquesa me ha dicho nada ni Silverio se ha declarado a Genoveva. ¿Verdad, hija?

GENOVEVA. No, mamá. Yo sólo sé lo que me dicen todos.

SOFÍA. Y a ti, ¿qué te parece?

GENOVEVA. Yo qué sé.

SOFÍA. Tú, lo que tu madre te aconseje, lo que tu madre quiera

GENOVEVA. Claro está.

FELISA. No haga usted caso. Hay más voluntad y más energía de lo que parece en ese corazón y en esa cabecita. Y así está bien. No sería hija mía si no tuviera voluntad propia.

SOFÍA. ¡Ah!... ¿Tiene su carácter?

GENOVEVA. ¡Pobre de mí!... Pero estamos tan bien mi madre y yo, hemos estado separadas tanto tiempo...

FELISA. Por mis viajes, por tu educación...

GENOVEVA. Nunca me he quejado; pero ahora no quiero separarme de ti.

FELISA. ¡Hija mía!...

SOFÍA. Y ya nos despedimos. Saben ustedes que me alegraré siempre de que todo les suceda a ustedes lo mejor posible. Yo no soy lagotera, pero la quiero a usted de verdad. Mis hijos lo saben, y la quiero a usted por todo y con todo... Usted me entiende, ¿verdad?

FELISA. Gracias, Sofía.

FIÍTA. *(A Genoveva.)* ¿Hasta cuándo?

GENOVEVA. Hasta mañana.

LEO. *(Saludando.)* Felisa...

FELISA. Adiós, Leo; no indispongas a tu madre y a tu hermana con todo Moraleda.

LEO. Si es que ya se sabe: en cuanto alguien tiene que decir algo de alguien es Leo quien lo ha dicho, y hay cosas que no tienen pizca de gracia y me molesta que crean que yo las he dicho.

FELISA. Inconvenientes de la celebridad. Ya sabes lo que dicen en Francia: Sólo se presta a los ricos...

SOFÍA. Adiós, Felisa. Genoveva... Vamos, hijos. *(Salen todos. A poco vuelven Felisa y Genoveva.)*

ESCENA III

FELISA y GENOVEVA.

FELISA. *(Se sienta y suspira, como desahogándose.)* ¡Ah!...

GENOVEVA. ¿Estás cansada?

FELISA. No.

GENOVEVA. ¿Triste?

FELISA. No; ¿por qué voy a estar triste? ¿Qué más he podido yo desear en mi vida? Y ahora que te tengo siempre a mi lado... Muchas veces habrás creído, al tenerte separada de mí, que era que yo no te quería.

GENOVEVA. No, eso no. Ya sabía yo que no podías tenerme a tu lado; tenías que acompañar a tu marido en sus viajes.

FELISA. A tu padre, que te quería mucho, tanto como yo. Ya lo viste en el poco tiempo que pudimos vivir todos juntos.

GENOVEVA. Sí, era muy bueno. Ya sé cuánto tengo que agradecerle.

FELISA. Sí; no debemos olvidar nunca todo lo que hizo por nosotras. ¡Era muy bueno!... *(Pausa.)* La comida ha estado muy bien, ¿verdad? Se ha portado Basilisa.

GENOVEVA. Gracias a Dorotea, que no la ha dejado de la mano.

FELISA. Es que si no fuera por Dorotea... Esa Dorotea es de lo que no hay. Voy a llamarla. *(Toca un timbre y sale un Criado.)*

CRIADO. ¿Qué manda la señora?

FELISA. ¿Han comido ustedes ya?

CRIADO. Sí, señora; comimos antes que los señores. Lo dispuso doña Dorotea.

FELISA. Muy bien dispuesto, porque hubieran ustedes comido demasiado tarde. Pues dígale usted a doña Dorotea que venga.

CRIADO. ¿Manda algo más la señora?

FELISA. Nada. *(Sale el Criado.)* La llamo para felicitarla. A ella le satisfacen más estas distinciones honoríficas que si la hicieran un buen regalo, y un elogio mío es para ella el summum de la felicidad. Ella cree que yo no sé apreciar lo que vale. Como nos hemos peleado tantas veces... Son muchos años a mi lado. Tantos, que cuando Dorotea y yo nos ponemos a recordar, son tantas cosas y tan lejos muchas de ellas, que más parece que han pasado siglos...

ESCENA IV

Dichos y DOROTEA. Dorotea viste como de ama de llaves, sencilla.

Felisa. Ven acá, Dorotea.

Dorotea. ¿Qué me quieres? ¿Es para regañarme?... ¿Ha habido alguna falta?...

Felisa.. ¿Ves como eres muy mal pensada? Al contrario, es para felicitarte. Todo ha estado muy bien.

Dorotea. Gracias... a las gracias.

Felisa. Gracias a ti, ya lo sé.

Dorotea. No puede una dejar de la mano a ninguno. Basilisa tiene mucha disposición, no puede negarse, pero había que atender a tanto... Y ya sabía yo lo que hoy te interesaba a ti quedar bien. ¿Estarás contenta?... ¡Hasta el Obispo, hija mía!... Lo que tú no consigas...

Felisa. *(Señalando a Genoveva.)* Dorotea, por Dios...

Dorotea. Sí, que ella, como se hace cargo de todo... Ésta sabe más de lo que le han enseñado y de lo que ha visto. No sería hija tuya...

Genoveva. ¿Quieres algo, mamá?

Felisa. ¿Vas a acostarte?

Genoveva. No tardaré mucho. Antes voy a escribir a tito Gonzalo.

Felisa. Supongo que no tardaremos en verle por aquí. Ya sabes que no pasa dos meses sin hacer una escapada. Mucho escribes a tío Gonzalo...

Genoveva. Le gusta que le cuente todo lo que aquí pasa, la vida que hacemos...

Felisa. No hay mucho que contar... Pero hoy ya sé que vas a escribirle algo más interesante...

Genoveva. ¿No quieres que le diga algo de tu parte?

Felisa. Recuerdos.

Genoveva. Hasta mañana.

Felisa. Hasta mañana, hija mía.

DOROTEA. Hasta mañana.

GENOVEVA. *(A Dorotea.)* Mamá está muy contenta contigo. Todo ha estado muy bien.

DOROTEA. ¡Ya has aprendido la lección!... Anda con Dios, hija mía... ¡Bendita seas!... *(Sale Genoveva.)*

ESCENA V

DOROTEA y FELISA.

DOROTEA. ¡Lo que quiere a Gonzalo!...

FELISA. ¡Y cómo siempre con él..., sin que él haya hecho nada para merecerlo! Es el sino de algunos hombres. Sería para temer que estuviera enamorada de él. Si yo no estuviera segura de que, sin habérselo dicho, ella sabe muy bien...

DOROTEA. ¿Que Gonzalo es su padre?... No te quepa duda que lo sabe, ¡y lo que ella no sepa!... Ésta va a darte a ti quince y raya...

FELISA. ¡Hija mía! ¡Ni en broma digas eso!...

DOROTEA. ¡Si no lo digo en ningún mal sentido!... ¡Hazte cargo!... Ya sé que tu hija no tiene por qué andar en los pasos que tú, que la verás muy bien casada, marquesa o duquesa y señora muy principal; quiero decir que, donde sea y como sea, sabrá desenvolverse y presentarse como la primera. Lo mismito que tú, que dondequiera que te hayas presentado, que en Madrid, que en París, que en los Buenos Aires, la primerita siempre... Y cuando ha llegado la hora de la formalidad, como ahora, ¡a ver quién!... ¡Mira que el golpe de los dos criados con los candelabros para acompañar al señor Obispo!...

FELISA. ¡Ay, Dorotea! Por ti sí que no han pasado los años, ni Madrid, ni París, ni los Buenos Aires, como tú dices. Siempre tan paletona... ¿De qué te sirve haber oído y haber visto tanto?...

DOROTEA. No te creas, por dentro anda todo. Yo no sabré explicarme, pero bien sé apreciar dónde está lo bueno y dónde está el gusto.

FELISA. ¿Qué hora será?

DOROTEA. Las doce, más o menos...

FELISA. Pues mira, vas a estar al cuidado, por la puertecilla del jardín, al lado del garage..., vendrá una señora, una amiga mía, ya la conoces, La Cira...

DOROTEA. ¡La Cira!... ¿La Cirila?... ¡Jesús, Señor!... Las veces que he estado yo para preguntarte si sabías algo de ella... ¡Anda con Dios, la Cira!... ¿Qué la ha traído por aquí?

FELISA. Está con su hija, que es artista de varietés y está contratada aquí, en el Olimpia-Palace. Ella sabía que yo vivo en Moraleda y me escribió, diciéndome que se alegraría tanto de verme, de que habláramos..., después de tantos años sin saber una de otra; pero que ya comprendía que la visita tenía que ser reservada para evitar comentarios...

DOROTEA. ¡Natural!...

FELISA. ... Y la telefoneé al hotel diciéndole que viniera esta noche, cuando dejase a su hija en el hotel, después del teatro... La dije por dónde había de entrar y que tú estarías al cuidado. Conque anda y procura que los criados no estén al atisbo.

DOROTEA. Descuida, yo me encargo de despacharlos.

FELISA. ¡Oye!, tráete unos fiambres y unos dulces..., y una botellita de champán, sin que se entere nadie.

DOROTEA. ¿Qué vas a decirme? ¡Sí, que no tengo yo costumbre de estas entrevistas nocturnas!... Voy en un perique-te. *(Sale Dorotea. Felisa dispone una mesita en el centro del escenario y arregla un poco los muebles. Vuelve Dorotea con servicio de todo lo pedido.)*

DOROTEA. Ya estoy aquí. Hasta un mantelillo he traído... ¿Y cómo andará la Cira de... acá? *(En señal de dinero.)*

FELISA. La chica creo que gana bastante. Dicen que vale como artista...

DOROTEA. Y si es guapa... La Cira no es tonta... Ya sabrá sacar

partido. ¿Ésta es aquella chiquilla que tuvo en Madrid, que tú llegaste a sospechar si no sería también del caballero que, como siempre, os traía a todas alborotadas?

FELISA. ¡Locuras!... Ya me enteré después quién era el padre.

DOROTEA. Pues tuviste más suerte que la madre y que la hija, porque puede que ellas no sepan tanto... Es que esta Cira ha sido golfona si las ha habido... ¿Te acuerdas la noche que en tu casa ella y la Chirris se agarraron del pelo?... Y entonces..., que no era como hoy, que había para estar tirando media hora sólo de los postizos...

FELISA. Yo acabaré de arreglarlo todo. Anda, no tenga que estar esperando a la puerta.

DOROTEA. Voy, voy. ¡Jesús, Señor! ¡La Cira!... ¡Lo que menos podía yo figurarme!... *(Sale Dorotea. Felisa acaba de disponer la mesa.)*

ESCENA VI

FELISA y CIRA.

FELISA. ¡Hija, qué alegría!... ¡Estás muy buena!...

CIRA. ¡Tú sí que estás guapetona!... ¿Creerás que tenía mi miedo que no quisieras verme?... ¡Cuánto me alegro!... No lo sabes tú bien.

FELISA. ¿Cómo has podido pensar que yo no tenía gusto en verte?...

CIRA. Eso sí; pero no dejaba de comprender lo que podía llamar aquí la atención que yo te visitara. ¡La señora doña Felisa Rodríguez de Medina, viuda de Cifuentes, relacionada con lo mejor de la población!...; ¡ya no es la Pepa Doncel de aquellos tiempos de nuestros pecados!... ¡Jesús!... ¡Tanto tenemos que contarnos, que no sabe una por dónde empezar!... Es que irá lo menos para los diez o doce años que dejamos

de vernos... Desde que te fuiste a Buenos Aires de muy mala gana, porque dejabas aquí a tu hija y a Gonzalo, que ha sido tu chifladura... A ése no he dejado de verle... Aún se conserva. Oye, y ahora tiene dinero. ¿Cómo es eso?

FELISA. Heredó algo de una tía suya. Bueno..., eso dice. De una señora mayor...

CIRA. ¡Vamos, una agradecida!... ¡Menos mal!, porque si estuviera como otras veces, a ver qué iba a hacer... Al fin, es el padre de tu hija... ¿Quién iba a decirte que te ibas a casar con Cifuentes, que te fuiste con él a la pura fuerza y por la pura necesidad? Y ahí lo ves, nadie sabe dónde está su suerte, porque ¡mira que ha sido suerte!... No podrás quejarte... Se casó contigo, te reconoció a tu hija, os lo ha dejado todo, y ahora aquí, a darte la gran vida, hecha una señora. Casarás a tu hija con quien te dé la gana, que pretendientes no la faltarán con su dinero...

FELISA. Ya veo que no tengo que contarte nada que tú no sepas.

CIRA. ¿No te digo que a Gonzalo le veo mucho, y él me lo ha contado todo? Ya sé que alguna que otra vez viene a haceros una visita. Está muy encariñado con su hija... ¡Oye! ¿Ella sabe... que Gonzalo?...

FELISA. No se lo he dicho nunca, pero estoy segura de que lo sabe.

CIRA: ¿Le llama padre?

FELISA. No estaría bien; debe respetar la memoria del hombre tan bueno que, sin ser su hija y con ser hija mía, y lo celoso que él era de que yo hubiera querido a nadie antes que a él, le dió su apellido y aseguró su porvenir.

CIRA. ¿Entonces, le llamará padrino?...

FELISA. No; padrino ya se sabe lo que quiere decir. Le llama tío Gonzalo; tito Gonzalo, dice ella.

CIRA. Mira, tratándose de Gonzalo, no está mal lo de tío... Y no es echarlo a mala parte, porque él habrá sido lo que se haya querido, pero simpático y castizo...

FELISA. A ti bien te gustaba...

CIRA. Nos gustaba a todas... Ahora que nunca tuviste razón para creerte de mí lo que te creíste... Mayor disgusto no he tenido en mi vida.

FELISA. ¡Quién se acuerda!... Entonces tenía yo celos hasta de mi sombra. Ahora me parece mentira. ¡Qué lejos está todo!... ¿Y de ti? Cuéntame tú. ¿Qué ha sido de ti? ¿Cómo te va?

CIRA. Ahora muy bien; pero las he pasado... Hasta que la chica empezó con esto de las varietés, que el caso es que yo no tenía ninguna ilusión, porque la chica no parecía muy dispuesta; pero, ándate, que a las primeras lecciones, el maestro se quedó tonto... Empezó a soltarse y se soltó en tal forma, que hoy no te digo más que no firma contrato menos de las setecientas pesetas diarias. Y cuando es por más de veinte días, un beneficio con el cincuenta limpio. No es porque sea mi hija, pero quisiera que la vieras... Canta y baila que no sé decirte en lo que está mejor. El escándalo en todas partes... Mira, para el jueves ha dispuesto la Empresa una sección de tarde para señoras y familias, ¿por qué no vienes? ¿Quieres que te mande un palco? Bueno, eso no, porque sería llamar la atención; pero no dejes de venir. No sabes lo que se alegraría... Claro que esa tarde, como si no la vieras, porque en sección para familias poco puede vérsela, pero te harías una idea...

FELISA. Ya sé que es muy guapa. ¿Y juiciosa?

CIRA. Muy juiciosa. ¿No ves que desde muy joven empezaba a ganar muy buenos sueldos?... ¿Qué necesitaba ella de nadie? ¿Y caprichos?... No le da por ahí... Proporciones para casarse sí ha tenido: frescos que buscaban vivir a costa del trabajo de ella. Ya lo sabe ella. Así es que, de no presentársele algo..., vamos, como a ti, que le tuviera muchísima cuenta, no está por casarse. En eso piensa como he pensado yo toda mi vida. Bien está así, soltera, como su madre. No la he traído por no llamar más la atención y para que

habláramos con más libertad. Todas las noches, después de su trabajo, nos reunimos ahí, en el Café Eldorado, con otros artistas y muchachos de lo más principal de aquí, admiradores de mi Estela, y algunos periodistas. ¡Qué vamos a hacerle!... Tenemos que vivir con el público. Esta noche puse el pretexto de que me dolía la cabeza, nos acompañaron al hotel, allí dejé a Estela...

FELISA. Y como yo conozco las costumbres de la gente de teatro y suponía que esta noche, por venir de prisa, no habrías cenado, te he preparado estas frioleras.

CIRA. Ya veo, ya. Pues sí, les haré los honores. A estas horas es cuando puede una tomar algo con tranquilidad, porque entre la sección de tarde y la de la noche, entre recoger unas cosas, preparar otras, y que siempre se olvida algo, ni come una ni le aprovecha lo que come.

FELISA. Pues siéntate aquí, siéntate.

CIRA. Sí, que tenía necesidad... Hoy, en todo el día, con la emoción de que iba a verte... No me mires, que voy a tomar de todo. No vayas a decir que no he venido más que a tragar.

FELISA. Todo lo que quieras. ¿Champán? *(Tratando de descorchar la botella.)* Yo no me doy buena maña.

CIRA. Trae acá. Yo he descorchado en vida más champán que todos los bilbaínos juntos. El champán es una de mis debilidades. Y más que beber, que lo que más bebo son dos copitas, es que me alegra verlo, es que es un vino que no se parece a ningún otro... ¡Y luego..., le recuerda a una tantas cosas!... ¡Como en casi todo lo que le ha pasado a una en la vida ha andado siempre el champán de por medio!... Yo, por tener, mira, hasta esta cicatriz, de una botella de champán. Una barbaridad de que no quiero acordarme... Y el corazón debo tenerlo como esas tapias de algunas fincas que se ven por el campo: recubierto de cascos de botellas rotas... ¿Tú no tomas nada? Un poco de champán sí, mujer...

FELISA. Eso sí. *(Brindando.)* ¡Salud!...

CIRA. ¡Y alegría, alegría!... Y lo pasado, ¡pasado!

FELISA. ¡Tan pasado!...

CIRA. En confianza, ¿no echas de menos alguna vez todo aquello?...

FELISA. ... Más que nosotros, son los años que pasan, es nuestra edad la que va disponiendo de nuestra vida. Ahora me parece esto mejor; por lo menos, más propio de mi edad... Y por mi hija...

CIRA. Eso sí. ¡Y que debe gustar verse considerada y respetada! Y que no se habla más que de ti en todas partes: de tus regalos, de tus donativos; que si un manto riquísimo para la Virgen del Niño, la Patrona de Moraleda; que si un pabellón nuevo para el Hospital..., ¡qué se yo!... Así te traen en palmitas... Tampoco tenías otro remedio. La gente, ya se sabe, lo que quiere es que venga el dinero, que de donde viene a nadie le importa. Allá, en tu interior, bien te reirás algunas veces...

FELISA. No siempre.

CIRA. Al principio te recibirían de uñas afiladas...

FELISA. No; tuve la suerte de que el Marqués de San Silvestre, el único hermano de mi marido, contra lo que todos esperaban, me recibió muy bien. ¡Como él tiene también un gran capital y no tiene hijos!..., no podía importarle la herencia de su hermano. Unos sobrinos de mi marido, que, según me dijeron en Madrid, pensaban ponerme pleito y oponerse al reconocimiento de mi hija, desistieron por consejo de su tío y gracias a una cesión que yo les hice de unas fincas que ellos venían disfrutando por condescendencia de mi marido, al que le sacaron mientras vivió todo lo que pudieron. Aparte la familia, la Marquesa viuda de los Arenales y su hermana doña Zoila, viuda de un señor que fué aquí muy influyente en política, y que las dos, según habrás oído, son aquí las que gobiernan y disponen entre la mejor sociedad, me recibieron también muy amables... Claro

que con su cuenta y razón, porque la Marquesa se vale de mí para todos sus mangoneos benéficos y sociales: industria y capital. No necesito decirte de quién es la industria y de quién el capital...

CIRA. Y que tienes que dejarte explotar..., porque el día que no te dejaras saldría todo a relucir y te harían la vida imposible. ¿A que venimos a parar en que tratabas con mejor gente cuando no andábamos entre gente tan buena?

FELISA. Sí, son de cuidado. Figúrate que la Marquesa y doña Zoila tienen un hermano, ya hombre de alguna edad, un solterón, ni bueno ni malo, ¿qué te diré yo?..., el señorito provinciano a la antigua, que no sirve más que para traer y llevar las historias y los cuentos de la población, del casino a su casa y de su casa al casino. En dos años se gastó lo poco que había heredado. Pasaba temporadas en Madrid; era el que traía las modas últimas, que los muchachos «bien» se desvivían por copiar, con gran disgusto de los papás, que tenían que pagar las cuentas extraordinarias al sastre y al camisero... En fin; ahora ya, ni eso: un cotorrón atrincherado en los cuarenta, que, naturalmente, no ha encontrado con quien casarse en Moraleda, porque las muchachas ricas no le querían y las pobres no le convenían a él, ni a sus hermanas, que ya no saben cómo salir del hermano... Y no se les ha ocurrido cosa mejor...

CIRA. ¿Que casarte con él?...

FELISA. Yo, no. No me haría ninguna gracia; pero si se les hubiera ocurrido eso, menos mal. Son más atrevidas. Ellas habrán oído decir lo que se ha dicho tantas veces: que dichoso el marido de la hija honrada de un padre ladrón. Y, en lo equivalente, buscan lo mismo para su hermano: dinero y sin tacha. Y es en mi hija, ¡en mi Genoveva!, en la que han pensado.

CIRA. ¡Oh!... No valdría la pena de haber conseguido lo que has conseguido para sacrificar a tu hija con un

matrimonio como ése, a una vida de aburrimiento, sin ilusión posible...

FELISA. Claro que no. Sé lo que me costará defenderme, de lo que serán capaces si no se salen con la suya...

CIRA. Antes que casarla así es preferible..., ¡qué se yo lo que iba a decir!...

FELISA. Que fuera de ella lo que ha sido de mí..., ¿no es eso? No, eso no; eso tampoco. Y no es que me pese ni me arrepienta. Ha habido días muy tristes en mi vida; pero otros..., otros no los cambiaría por nada. Si cien veces volviera a vivir, cien veces quisiera volver a vivirlos...

CIRA. ¿Verdad que sí?... ¡Cuando de veras se quiere a un hombre!

FELISA. Eso sí; cuando se ha querido a un hombre y se recuerda con alegría hasta lo que se ha llorado por quererle... Me acuerdo de una copla que me cantaba siempre Gonzalo cuando hacíamos las paces, después de alguna de nuestras riñas... ¡Y reñíamos tantas veces!... ¡Y siempre para hacer las paces!... Y entonces me canturreaba al oído, a la boca mejor, la copla que no he olvidado:

Cielo de abril es tu cara:
risa y llanto, lluvia y sol.
Risitas y lagrimitas
sólo las junta el amor.

CIRA. ¡No vayas a ponerte triste!... ¡Mira que a mí me da llorona por menos de nada!... Vamos, otra copita. *(Brindando.)* ¡Por el hombre!... — el hombre, ya me entiendes —, porque aunque conozca una a muchos, de verdad no hay más que uno...

FELISA. No hay más que uno, es verdad... ¡Ay, Cira de mi alma!... ¡Qué alegría me has dado con verte!...

CIRA. Pues figúrate yo... Son muchos años de conocernos... Juntas hemos pasado bueno y malo, hemos tenido nuestros disgustos y nuestras peloteras, pero yo te he querido siempre.

FELISA. Y yo a ti, bien puedes creerlo...

CIRA. ¡Ay, Pepa, Pepa!... Digo, no, perdona; doña Felisa Rodríguez de Medina, viuda de Cifuentes, la de ahora...

FELISA. ¡Déjate, la de ahora!... ¡Pepa!... ¡Pepa Doncel!... ¡¡Aquélla!!...

TELÓN



ACTO SEGUNDO

GUADRO PRIMERO

Saloncito en casa de Felisa. Decorado y muebles alegres y modernos. Al fondo un mirador con cierre de cristales, plantas, flores y algunas jaulas con pájaros.

ESCENA I

GENOVEVA y GONZALO, entrando.

GENOVEVA. Ya he dicho que te sirvan aquí el café. Este es el único sitio de la casa en que me gusta estar.

GONZALO. Estos caserones antiguos serán muy señoriales, pero incómodos y tristones...

GENOVEVA. Y esto porque es un añadido al caserón... Mamá quería también ponerlo a la antigua, pero yo me opuse, y aquí, por lo menos, hay alegría, luz... Aquí es donde yo tengo mis flores y mis pájaros... Los antiguos debían tener horror al aire y a la luz...

GONZALO. ¡Como se lavaban tan poco...!

GENOVEVA. A mí que me gusta tanto la claridad en todo... ¡Será como me he pasado la vida a obscuras...!

GONZALO. Lo que sabes, chiquilla... *(Un criado entra el servicio de café.)*

GENOVEVA. *(Ofreciéndole a Gonzalo.)* ¿Cigarros?

GONZALO. De los que guarda tu madre para cuando viene a comer el señor Obispo..., o el presidente de la Audiencia..., o el rector de la Universidad y otros señores importantes...

GENOVEVA. Y para cuando vienes tú. *(Cogiendo un cigarrillo.)*

GONZALO. ¿Vas a fumar?

GENOVEVA. Delante de ti sí me atrevo. A mamá no le gusta que fume. Aquí todavía lo critican... Pero a mí me gusta, me divierte... Bueno, acaba de contarme ahora eso que empezaste a contar en la mesa y mamá no te dejó que siguieras por mí, y por los criados; sobre todo por los criados, que luego van contando todo lo que se habla en la mesa... Pero a mí ya me lo puedes contar.

GONZALO. No, no te lo cuento, que a lo mejor nos sorprende tu madre y se enfada conmigo; me dice que no tengo sentido moral...

GENOVEVA. Mamá no se presenta. Tiene para rato con la visita del Secretario del señor Obispo: firmar recibos de no sé cuantas juntas y congregaciones, circulares para activar la suscripción para el nuevo Asilo de viudas y huérfanos, y mil asuntos...

GONZALO. Todo para un solo asunto: sacar dinero. ¡Qué buen humor...! ¡Y cómo le gusta todo eso a tu madre...!

GENOVEVA. Algunas veces dice que no, por decir; pero la verdad es que le encanta.

GONZALO. ¿Y a ti te encanta esta vida? ¿Qué te parece a ti?

GENOVEVA. Yo qué voy a decir ni qué voy a pensar... Mamá dice que todo esto lo hace por mí... Y con todo esto yo no sé qué piensa hacer de mí...

GONZALO. Pensará casarte muy bien. Es lo que se piensa siempre para las hijas.

GENOVEVA. Yo no sé nunca lo que piensa mamá. Dice unas cosas y hace otras. Cuando parece que no desea que suceda algo, en el fondo está deseando que suceda. Y que yo siempre he de ser una dificultad de su vida... ¡Desde pequeña la he estorbado tanto...! Nunca sabía dónde tenerme ni dónde dejarme... ¡Colegios...! De un colegio, a los dos meses le decían que no podían tenerme sin decir por qué; en otros sí lo decían: que los padres de las demás niñas no querían que en el colegio hubiera niñas que no tuvieran más que ma-

dre... Por fin fuí a parar a un colegio sin pretensiones, en donde también había niñas que no tenían padre. Unas porque se les había muerto, y otras porque para ellas como si no hubiera nacido... Hasta que mi madre se casó y vivimos todos juntos. ¡Pero ya ves qué vida...! ¡Su marido estaba ya tan enfermo...!

GONZALO. ¿Fué muy bueno contigo, verdad?

GENOVEVA. Ya ves si ha sido bueno... Era muy bueno, y me quería mucho. Un padre no me hubiera querido más... Ahora que el ser bueno no debe influir mucho para hacerse querer, porque yo, que he visto, que veía lo bueno que era, que sabía todo lo que había hecho por mi madre y por mí..., si te dijera... que sí le quería, pero no le he querido nunca como debí haberle querido... Esa es la verdad. A veces tengo ese remordimiento... Y hay otras personas que, sin saber por qué, sin haber hecho nada, pero nada, para que se las quiera, se hacen querer y se las quiere... Tú eres de esas personas. ¿Me miras asombrado? ¿No te lo habían dicho nunca?...

GONZALO. Mi asombro es porque me lo han dicho tantas veces lo mismo que tú ahora..., que al oírte me ha parecido volver a oír, y no sé si asustarme, si reírme o si echarme a llorar... ¿Es verdad que me quieres?... Y eso que tu madre te habrá hablado siempre mal de mí...

GENOVEVA. Mi madre, precisamente..., no.

GONZALO. Entonces..., ¿los demás?...

GENOVEVA. ¡La fama que tienes!...

GONZALO. ¡Chiquilla...! ¿Y con quién has podido tú hablar para que te cuenten...?

GENOVEVA. ¿No ves que, entre colegio y colegio, el tiempo que yo estaba en casa no estaba más que con los criados, que todo lo hablaban en secreto, pero hablaban de todo: «¡Que no oiga la niña; que no se entere la niña...!» Y la niña se enteraba de todo... No, no te querían mucho los criados. Algunas doncellas sí te apreciaban bastante...

GONZALO. Ahora sí que si te oyera tu madre... ¡Pero... si tú supieras...! ¡Si yo pudiera decirte algún día el cúmulo de circunstancias que me han impedido siempre...!

GENOVEVA. ¡Sí, sí...! ¡Calla, calla...! Es lo mismo que me ha dicho siempre mamá para disculparse: «¡Las circunstancias...! ¡La vida...!» Naturalmente que la vida debe tener siempre la culpa de todo lo que se hace mientras se vive. Lo que falta saber es si la vida puede más que nosotros o nosotros más que la vida. Yo creo que cuando se quiere de verdad lo que se quiere, siempre es de nuestra vida lo que quiere uno que sea, y mejor si es lo que quieren dos.

GONZALO. ¡Cuidado si sabes...!

GENOVEVA. Tengo a quien parecerme, ¿verdad?...

GONZALO. ¡Quién iba a mí a decirme...!

GENOVEVA. Que al cabo del tiempo ibas a querer a tu..., a tu chiquilla...

GONZALO. ¿Te gustaría venir a Madrid conmigo?

GENOVEVA. ¡A Madrid...! ¡Ya lo creo...! Pero no hay que pensar en ello. Y ahora, menos que nunca...

GONZALO. ¿Por qué?

GENOVEVA. Porque, porque..., ya lo sabes, porque mamá está muy preocupada... Lo que yo digo..., porque como siempre quiere y no quiere... A ella le gustaría que fuera yo la que diera la solución.

GONZALO. ¿De la boda con ese carcamal arruinado por todos estilos? ¿Tú no habrás pensado en ello, naturalmente? Pero tu madre que no lo piense tampoco. No faltaría más. Si esas antiguallas de señoras quieren quitarse de encima la pepla del hermano, que le busquen otro acomodo más proporcionado a su antigüedad. ¡Pero tú!... ¿Pero es que tu madre ha tomado en serio la proposición de esas señoras?...

GENOVEVA. Mi madre, como siempre, a mí me dice que no; pero con la salvedad de que, después de todo, bien mirado, es un hombre de juicio, serio...

GONZALO. ¡Tan serio!...

GENOVEVA. ... Que para nosotras sería una seguridad...

GONZALO. ¿Seguridad?... ¿De qué? ¿No estáis bien aseguradas con vuestro dinero? ¿Qué más quiere tu madre?

GENOVEVA. Mamá tiene miedo. Le asusta disgustarse con esas señoras.

GONZALO. ¿Pero qué importan esas señoras? ¿Es que no se puede vivir sin ellas?

GENOVEVA. Aquí, no. Aquí no se puede vivir sin ellas, por lo menos como mi madre quiere vivir.

GONZALO. ¡Y decían que el Directorio iba a acabar con el caciquismo! Con el caciquismo de las señoras en provincias y pueblos no acaba ni el Juicio final, porque hasta ese día andarán ellas mangoneando con el Ángel de la trompeta para señalar: «¡Éstos a la izquierda! ¡Éstos a la derecha! ¡Éstos para la gloria! ¡Éstos para el infierno!...»

GENOVEVA. Lo tomas a broma porque no las conoces y porque no vives aquí. Con decirte que, desde que se ha sabido lo que piensan, ya no hay muchacho en Moraleda que se atreva a saludarme más que de lejos y de pasada, por miedo a que ellas crean que haya alguno que pueda pretenderme, habiendo ellas pensado casarme con su hermano...

GONZALO. ¡Pero esto no puede ser!... Ahora sí que te llevo a Madrid conmigo, quiera o no quiera tu madre. Y en Madrid te busco yo un novio y en Madrid te caso. ¡Digo, si es que tú no tienes ya algo pensado!... ¿No hay aquí ninguno?... Ese Leoncito, Leo, como le dicen aquí... Es simpático ese muchacho... ¿Te gusta ése?

GENOVEVA. A ése, que antes venía mucho a casa, solo o con su hermana, es al primero que su madre le ha prohibido que venga tan a menudo, para que la Marquesa no pueda sospechar que su hijo puede hacerme el amor. ¡Pobre doña Sofía!... Cuidado que es mujer de resolución..., pero a la Marquesa y a doña Zoila las tiembla.

GONZALO. Bueno, que las tiemble o que no las tiemble, lo que importa saber es si su hijo Leoncito te parece bien.

GENOVEVA. ¡Si él nunca me ha dicho nada!... Además, es un

muchacho simpático, muy dicharachero; pero yo no sé si es bueno o si es malo, porque aquí, con la vida que hacen los muchachos, cualquiera sabe lo que son. ¡Como no pueden hacer más que tonterías!... Por eso a mí me parecería bien que, de cuando en cuando, sucediera algo extraordinario: una guerra, una revolución...

GONZALO. ¡Vaya una idea!... ¿Para qué?

GENOVEVA. Para saber de lo que serían capaces todos estos muchachos que ahora parecen tan insignificantes. Y en un caso así, extraordinario, podían ser, ¿quién sabe?..., hasta héroes...

GONZALO. Aparte el heroísmo de casarse; para marido, para la vida ordinaria del matrimonio no te aconsejo un héroe. Un hombre bien educado, inteligente... Trabajador no te diré, porque nunca he tenido muy buena idea de los que trabajan como inteligentes... Pero, en serio, ¿Leoncito te gusta? Porque yo me comprometo a examinarle de todo..., ¡hasta de heroísmo! Me lo llevo conmigo a Madrid, y en unos cuantos días...

GENOVEVA. ¡Pero tú todo lo compones con llevarte a la gente a Madrid!

GONZALO. Es que no conozco mejor universidad. Yo no he cursado en otra y creo que hubiera servido para todo; si no hubiera nacido y vivido en Madrid siempre..., donde toda la gracia está justamente en eso: en poder servir para todo y no querer servir para nada. El hacer carrera se queda en Madrid para los provincianos.

ESCENA II

DICHOS y FELISA, que trae en la mano un gran diploma enrollado.

FELISA. *(Sentándose.)* ¡Más firma que un ministro!...

GONZALO. A eso se juega. ¿Y tú, encantada?...

FELISA. Todo lo que sea ocuparse en obras meritorias, pro-

curar, en lo posible, aliviar desgracias y miserias de tantos desvalidos... *(Aparte a Gonzalo.)* ¡No vayas a reírte!... ¡Y qué hombre tan listo es este Martínez!...

GONZALO. ¿Martínez?...

FELISA. El Secretario de Su Ilustrísima.

GONZALO. ¿Es hombre listo?... ¿Cuánto?...

FELISA. ¿Cómo cuánto?...

GONZALO. Que cuánto te ha sacado con su listeza... Porque si su listeza no le sirve para eso, para sacaros los cuartos a las devotas...

FELISA. *(Señalando a Genoveva.)* ¡Haz el favor!...

GONZALO. Perdona. ¿Qué traes ahí?

FELISA. Si vas a burlarte...

GONZALO. Dios me libre. Ya sabes que una de mis buenas cualidades ha sido siempre la de saber ponerme a tono. Por mí no se ha estropeado nunca ninguna comedia social...

FELISA. Es un diploma. Mira, Genoveva.

GENOVEVA. ¡Qué historiado!...

FELISA. El título de presidenta de honor de la Congregación de Nuestra Señora del Niño. Sólo hay doce señoras en Moraleda que tengan este título. Es preciso que se acuerde por unanimidad. El voto de las otras presidentas de honor vale por cuatro y el de Su Ilustrísima por doce. Me ha dicho el Secretario de Su Ilustrísima que ha sido un verdadero triunfo, porque había algunas señoras que se oponían a que se hicieran nuevos nombramientos. Gracias a que la Marquesa les habló muy claro y muy fuerte...

GONZALO. ¡Vaya con la Marquesa!... ¿Le pondrás un buen marco?...

FELISA. ¡Naturalmente!...

GONZALO. Y ahora es la ocasión de que la Marquesa, en justa correspondencia, se apresure a pedir la mano de Genoveva para su señor hermano, mayor y menor : menor como hermano y mayor como señor.

FELISA. No es para echarlo a broma. ¿Que hay alguna diferencia en la edad?... Eso es todo. Pero si Genoveva

reflexiona, y tal como están hoy día los muchachos...

GONZALO. Mira, Felisa, como ensayo está bien, pero si es como representación, ¡y para nosotros!, recuerda que tú has sido la primera en burlarte de ese vejestorio. Si ahora, porque te conviene, quieres hacernos creer otra cosa...

FELISA. Antes de hablar, piensa lo que vas a decir.

GONZALO. Genoveva, haz el favor de dejarnos a tu madre y a mí. No quiero que me llamen al orden a cada paso.

FELISA. Si creerás, porque estemos solos, que no voy a llamarte lo mismo en cuanto desbarres...

GENOVEVA. ¿No vais a pelearos?

GONZALO. No, descuida. Tu madre y yo no nos hemos peleado más que una vez...

FELISA. ¡Una vez!...

GONZALO. Sí, ¡una vez, que ha durado toda la vida!... *(Sale Genoveva.)*

ESCENA III

FELISA y GONZALO.

FELISA. Y ahora, ¿por qué se te ocurre que nos peleemos?

GONZALO. Mira, deja el diploma, que me infunde mucho respeto.

FELISA. *(Tirando el diploma.)* ¡Qué tontería!... ¿Qué has hablado con Genoveva?

GONZALO. De muchas cosas. ¡Y cuántas más me ha recordado!... El mismo modo de hablar, algunas veces las mismas palabras y el mismo modo de insinuar verdades que duelen, con la carita más inocente, como si no dijera nada. Y alguna vez... un relampaguillo fiero en los ojos; relampaguillo nada más todavía, pero presagio de tormentas como algunas que yo he conocido y soportado, con rayos y centellas, en tus ojos y en tus palabras... *(Acercándose cariñosamente.)* ¿A quién has querido tú, gitanaza?...

FELISA. *(Rechazándole.)* ¡Vamos, Gonzalo!...

GONZALO. No te enfades...

FELISA. Hasta en eso se ve cómo eres. Me preguntas si te he querido yo; ¿por qué no preguntas si me has querido tú? A ti hay que no verte ni oírte para pensar que se te ha podido querer.

GONZALO. Pues si tanto gano con el recuerdo, figúrate lo que voy a ganar cuando me muera... Después de todo, dentro de lo humano, el recuerdo es lo único que nos asegura un poco de eternidad, lo que dure nuestro recuerdo...

FELISA. Pues si es por eso, si cien años viviera, cien años tendría por qué acordarme de ti.

GONZALO. Y si el cariño es eso; pues si, a veces, no quisiéramos odiar a quien más queremos, con un odio tan grande como nuestro cariño, y el cariño no se peleara con el odio, y el cariño no pudiera más siempre, ¿cómo íbamos a conocer lo que puede y vale un cariño en el alma?...

FELISA. Deja, Gonzalo... ¿Es que no íbamos a hablar en serio?...

GONZALO. Pocas veces he hablado más en serio.

FELISA. Hablar, sí; siempre has sabido hablar como has querido. No te han faltado nunca las mejores palabras para todas las ocasiones. Te he preguntado antes qué habías hablado con Genoveva. Por lo que tú dijiste he comprendido que no estás conforme con el proyecto de su boda, y de no estar tú conforme deduzco que es porque Genoveva no lo está tampoco y así te lo ha dicho. ¿Te lo ha dicho, verdad?

GONZALO. Comprenderás que no es para que una muchacha esté muy ilusionada. Y no creo tampoco que tú puedas estarlo.

FELISA. Como yo no creo que son las ilusiones, sino las realidades, lo que hace posible en la vida eso que llamamos tranquilidad, que es lo más a que puede aspirarse como felicidad en la vida...

GONZALO. ¡Lo que tú has conseguido!... ¿No es eso?... La tran-

quilidad que disfrutas ahora... ¿Nunca has sido más feliz?

FELISA. Nunca he vivido más tranquila, con más satisfacción. Tú te ríes de mí; dices que juego a la gran señora. Sí, es verdad, y juego como se juega de niños, como jugaba de niña a las personas mayores, poniendo toda el alma en el juego... ¡Verse considerada y respetada por todos; no ver, al pasar, en las miradas de las mujeres, envidia en las iguales; en las otras, desprecio, que es el modo de no atreverse a envidiar que tienen las honradas!... En los hombres, en unos la fatuidad de creer que, como hemos sido de otros, seríamos suyos si ellos lo pretendieran. O la fatuidad mayor de creerse superiores porque ni siquiera piensan pretendernos... Ahora soy dueña de mí, puedo elegir mis afectos, mis relaciones...

GONZALO. Ahora puedes elegir... y pagar, y darte la satisfacción de saber lo que valen los que eliges y los que pagas.

FELISA. Y cuando por mucho tiempo se ha tenido una en muy poco, ¿no es una satisfacción ver llegar un día en que pueda una tener a los demás en menos?... ¿No comprendes esa satisfacción, ese orgullo?...

GONZALO. Sí, lo comprendo. Lo que no comprendo es que para coronar esa satisfacción, ese orgullo, estés dispuesta a sacrificar a tu hija.

FELISA. ¡Sacrificar!... Sobre que no estamos en tiempos de los amantes de Teruel, en que se lleva a una mujer a rastras hasta el altar para casarla. Yo, lo que haré, es aconsejar a Genoveva... como debo aconsejarla, hacerla comprender...

GONZALO. No te canses. Genoveva no se casa con el hermano de la Marquesa.

FELISA. ¿Eres tú quien se opone?

GONZALO. Me opongo porque ella no quiere.

FELISA. Vendremos a parar en que la quieres tú más que yo, en que te importa a ti más que a mí...

GONZALO. Por lo menos, lo mismo. Tan hija es tuya como mía.

FELISA. No lo sabemos.

GONZALO. ¿Ahora no lo sabemos? Siempre lo habías asegurado...

FELISA. No sería porque me conviniera asegurarlo... Comprenderás que ningún interés podía tener en que tú fueras su padre...

GONZALO. Por lo visto, ahora sí lo tienes en que no lo sea.

FELISA. Importa poco. En nuestro caso, los hijos sólo son de las madres. Para lo que te has cuidado nunca de ella...

GONZALO. No vamos ahora a medir ni a pesar cuidados ni cariños. Tú siempre has podido darle una prueba de cariño: procurar que no te faltara nunca dinero... ¡Y para eso era preciso que yo me separase de ti y de mi hija!...

FELISA. ¿Vas a echarme en cara que yo haya defendido a mi hija, a tu hija, de la miseria, y a ti también de algo peor que la miseria?...

GONZALO. Era lo menos que podías hacer, sabiendo por qué había yo hecho lo que hice.

FELISA. ¡Por Dios, Gonzalo, que eso no lo ha creído nadie nunca!... ¿Por mí?... Cuando lo que pretendías entonces era casarte con la hija de Montesinos para hacer carrera en la política... Por eso no podías reconocer a tu hija, por eso te separaste de mí para no malograr tu carrera de... yerno. Pero, como siempre, por una de tus locuras lo echaste todo a rodar, comprometiéndote en un asunto del que pudiste verte libre gracias a mis relaciones, a mis buenas relaciones de entonces, que ahora me echas en cara, lo mismo que te burlas de mis relaciones de hoy. ¡Que pretendo jugar a la gran señora!... A lo que debí ser siempre, si los hombres no fueran tan cobardes, que nada les asusta tanto como una mujer guapa y pobre para mujer propia. Yo habré pasado por el arroyo, pero tú sabes que no he nacido en él, que el nombre que ahora llevo es el mío, el que debí llevar siempre... El otro..., la Doncel, Pepa Doncel, con el que me habéis conocido, era el que sólo sirvió para que nadie, al nombrarme, pudiera recordar mi apellido, el apellido

intachable de mi padre, que en su posición, habiendo ocupado muy buenos destinos, fué tan honrado, que por haber sido él tan honrado nos dejó a sus hijas en el caso de no poder serlo. Por nada te puede extrañar que yo pretenda ser lo que he sido siempre, a pesar de todo. Porque tú sabes que yo siempre he tenido categoría, y para tener categoría hay que ser muy señora...; hasta para dejar de serlo. Tú sabes que yo no he puesto en ridículo a nadie que me haya presentado donde me haya presentado... Por eso he tenido siempre tanto partido con los argentinos... Como son de lo más vanidoso..., les gusta que las mujeres que van con ellos tengan *chic* y den tono... Si alguien me ha hecho descender y rebajarme has sido tú. Has sido tú por el único hombre que yo he podido caer muy bajo algunas veces... Y ahora, todavía, parece que te molesta, que te duele que yo haya podido sobreponerme a todo, y vienes, como siempre, a impedir, a estorbar...

GONZALO. ¿Qué impido yo?... ¿Qué estorbo?... ¡No digas locuras!...

FELISA. Quieres impedir que Genoveva haga un matrimonio ventajoso.

GONZALO. ¿Ventajoso? Por la vanidad ridícula de emparentar con unas rancias señoras provincianas, tan nobles que no reparan en un *chantage,* porque no es otra cosa lo que hacen: venderte su benevolencia, la alternativa en la buena sociedad de Moraleda, a cambio de tu dinero... Porque tu hija, que es lo que a ti debía importarte, es lo que menos les importa a ellas. Y en ese caso, si tu hija les importa muy poco y lo que les importa es tu dinero, ¿por qué no eres tú la que se casa?

FELISA. ¿Es todo lo que se te ocurre?

GONZALO. No es ningún disparate. Si de lo que se trata es de quitarse una carga de encima y encontrar quién le pague al hermano las trampitas, porque no pasan de trampitas... ¿Qué más puede importarles?

FELISA. No creas que yo no lo había pensado, pero a ti no debía de habérsete ocurrido...

GONZALO. ¿Por qué?

FELISA. Porque debías sentir que yo volviera a casarme, porque debías pensar en que de volver a casarme...

GONZALO. ¿Conmigo?... ¿Nosotros dos?... Pues por mí... Pero si yo sé que serías tú la que no quisieras...

FELISA. Claro que no, ni pensarlo... Pero eso no quita para que me gustara que tú sí lo hubieras pensado.

GONZALO. Mira, Felisa, o Pepa, ¡la que tú quieras! A estas alturas no vamos a andar engañándonos uno al otro. Antes de que tú hables ya sé yo lo que piensas. Como tú sabes muy bien lo que yo no pienso, aunque esté hablando de ello. Ya sabía yo que ese matrimonio no te parecería tan mal para ti...

FELISA. No es que me entusiasme la idea: me haría cuenta de que tenía un huésped bien educado.

GONZALO. De los que no pagan... Te advierto que suelen ser los más exigentes.

FELISA. Como solución para evitarme disgustos, porque yo sé bien los disgustos que de otro modo me costaría. Los sobrinos de mi marido se han quedado con las ganas de ponerme pleito; están contenidos por respeto al Marqués, su tío, y por miedo a que la sociedad de Moraleda se les ponga en contra. ¡Como la ven tan de mi parte!... Pero hay un abogado de esos trapisondistas que los está pinchando siempre para que pleiteen, para que ataquen por falsedad el testamento de su tío y el reconocimiento de mi hija. Yo bien sé que no adelantarían nada, porque mi marido lo dejó todo bien dispuesto; pero los pleitos siempre enredan y cuestan..., ¡quién sabe!... Por eso yo no puedo indisponerme con esta gente; debo evitarlo a toda costa... Pero..., dices tú, aunque a mí me parezca bien ese matrimonio para mí, a ellos no les parecerá lo mismo.

GONZALO. ¿Por qué, si el matrimonio no es más que un pretexto?

FELISA. Sí; pero esta gente tiene sus miramientos.

GONZALO. Me río de los miramientos.

FELISA. Mi historia... puede pasar para una suegra; para mujer propia, ya es distinto. Él, todavía; pero las hermanas, no; a ésas no les parecería lo mismo.

GONZALO. ¿Qué son para ti esas dificultades? Tú sabes mucho para no vencerlas todas.

FELISA. ¿Dificultades? Primeramente..., y antes te lo iba a haber dicho; pero como empezamos peleándonos, no quería que creyeras que te lo decía por eso...

GONZALO. ¿Qué?...

FELISA. No conviene que vengas con tanta frecuencia a Moraleda.

GONZALO. ¿Qué pueden pensar? Me hospedo siempre en el hotel. Sólo vengo a veros como de visita y cuando me invitáis a almorzar... ¿No has dicho a la poca gente que aquí me conoce que soy hermano del marido de una hermana tuya?... ¿Cómo se llama eso?... Concuñado...

FELISA. Sí; son esas cosas que se dicen sabiendo que nadie va a creerlas. Pero digo de esto lo que de mi historia: pariente lejano o amigo antiguo, para una suegra, poco importa; para la mujer propia, ya puede importar.

GONZALO. Está bien. Si ésa es una de las dificultades, no volveré más; renunciaré a veros.

FELISA. No; eso no. Alguna vez podemos vernos. A pesar de los pesares, ¡y vaya si han sido pesares!, yo quiero verte siempre. Ya lo ves, empezamos riñendo y ya estamos de acuerdo. Y así toda nuestra vida...

GONZALO. ¿Y vale poco eso? Cada hora así es toda una vida... Gozar y sufrir...; esperar y desesperarse; reír y llorar... ¿Te acuerdas de aquella coplilla?...

FELISA. ¿No he de acordarme?... :

Cielo de abril es tu cara:
risa y llanto, lluvia y sol...

GONZALO.

Risitas y lagrimitas,
sólo las junta el amor

Felisa. Y las junta así *(besándole),* en un beso.
Gonzalo. ¡Todavía!...
Felisa. ¡Siempre!...

ESCENA IV

Dichos y DOROTEA.

Dorotea. ¿Hay permiso?
Felisa. ¡Ah!..., Dorotea... Entra. ¿Qué ocurre?
Dorotea. De casa de la Marquesa y de la parte del señorito don Silverio traen una gran cesta de flores.
Felisa. ¿Para la señorita Genoveva?
Dorotea. No; para la señora, para ti. Eso ha dicho el criado que la ha traído; y esta esquelita.
Felisa. ¡Qué atento!... *(Leyendo.)* «Con mi más cordial felicitación por su nombramiento de presidenta de honor de la ilustre Congregación de nuestra gloriosa Patrona. Mis afectos a Genoveva. Besa sus pies...» ¡Ya ves!...
Gonzalo. Ya veo...
Dorotea. ¿Qué se le da de propina al que ha traído la cesta?
Felisa. Dale veinticinco pesetas.
Dorotea. Eso valdrá...
Felisa. ¡Qué Dorotea!...
Dorotea. Está bien.
Felisa. Que traigan la cesta, y avisa a Genoveva para que la coloque a su gusto.
Dorotea. Está bien. *(Sale. A poco entra un Criado con una gran cesta de flores.)*
Gonzalo. Por la peana, ya sabes...
Felisa. *(Al criado.)* Déjela usted ahí, en el mirador.
Criado. ¿Manda algo más la señora?
Felisa. Nada. *(Entra Genoveva.)*
Genoveva. ¿Qué me quieres, mamá?
Felisa. Que veas esta cesta de flores que ha mandado Silverio con esta esquelita.
Genoveva. *(Después de leer la esquela.)* Muy bien. *(Mirando la cesta.)* Muy bonita. ¿Os habéis peleado mucho?

FELISA. No; no podíamos pelearnos. Se trataba de ti; teníamos que ponernos de acuerdo.

GENOVEVA. ¿Y el acuerdo ha sido?...

GONZALO. Lo que vas a oír, para que no te quepa duda de que tu madre y yo estamos de acuerdo. Escucha, hija mía, y puede que sea la vez que te hable más en serio en mi vida.

FELISA. ¡Jesús!... ¡Me asustas!...

GONZALO. Pues oye, porque a ti también te interesa oírlo. Cuando los hijos son en la vida un accidente; cuando no se los espera ni se los desea; cuando se anuncia que van a nacer como una desgracia, y se oculta que han nacido como un delito, y después son en nuestra vida para la madre un estorbo y para el padre — ya ves que no me disculpo — ni siquiera un estorbo, esos hijos no deben la vida más que a Dios, no tienen obligación de querernos..., ni de obedecernos..., ni de respetarnos... Sobre esos hijos no tenemos ningún derecho a disponer de su vida. Su vida es suya, y ellos son los que deben disponer de ella. Si, con todo eso, aún se creen en el caso de concedernos un poco de cariño, es... porque son demasiado buenos y nos han perdonado el crimen de haberlos traído a la vida. Ya lo has oído.

FELISA. *(Abrazando a Genoveva.)* ¡Gonzalo, la has hecho llorar!... ¿Por qué has dicho eso a mi hija?

GONZALO. Para que sepa que es dueña absoluta de su voluntad y de su vida, que ni tú ni yo somos dignos de aconsejarla siquiera. Ya te anuncié que iba a hablar más en serio que nunca... Y he hablado así porque tampoco nunca había yo querido a nadie tan en serio como a esta chiquilla... *(Abrazando a Genoveva.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro anterior.

ESCENA I

GENOVEVA, SOFÍA, FIÍTA, GONZALO y LEO.

SOFÍA. *(A Genoveva.)* Te digo que sí, que no han venido a otra cosa. Lo sabe todo el mundo. A nosotras nos lo han dicho las de Romero, que lo sabían por las de Timoneda, que lo habían oído en misa esta mañana: que esta tarde vendría la Marquesa y doña Zoila, acompañadas, para mayor autoridad, de tu tío, el Marqués de San Silvestre, a hablar con tu madre. No a pedir tu mano — sería muy precipitado —, pero sí a pedir a tu madre su consentimiento, naturalmente con tu beneplácito, para que Silverio pueda visitar esta casa con frecuencia y, desde luego, formalizar sus relaciones contigo. Conque ya sabes de lo que se trata a estas horas: de tu porvenir. ¿A ti qué te parece?

GENOVEVA. Con franqueza: muy mal.

SOFÍA. ¿Se lo has dicho a tu madre?

GENOVEVA. Se lo diré cuando llegue el caso.

SOFÍA. ¿Sin importarte nada?

GENOVEVA. Sin importarme nada.

SOFÍA. Así me gusta; tienes tu carácter.

GENOVEVA. ¡Ya lo creo!... Y desde hoy más que nunca. *(A Gonzalo.)* ¿Verdad?

GONZALO. Si tú lo dices...

SOFÍA. Me complace oírles a ustedes, porque, la verdad, esa boda, con tanta desproporción en la edad, y dos suegras... ¡Y qué dos suegras!... Lo que daría yo por oírlas...

GENOVEVA. ¿Ahora, o después?...

SOFÍA. Después es cuando tendrán más que oír; pero cualquiera las oye... Yo digo ahora. Será un derroche de habilidad y de diplomacia, con sus puntaditas intencionadas para que tu madre se haga bien cargo de lo peligroso que es indisponerse con ellas.

GENOVEVA. Pues si quiere usted darse ese gusto podemos oírlas.

SOFÍA. ¡Ay!, ¿cómo?...

GENOVEVA. Al lado del salón grande hay una especie de camaranchón, donde no hay más que trastos viejos, escondites de estos caserones... La puertecilla que da al salón está tapada por un gran cortinón. Sin que nos sientan podemos abrir la puerta y, detrás de la cortina, lo oímos todo.

SOFÍA. ¡Ay, no me atrevo!... ¡Si llegaran a enterarse!... Y que no me parece bien esa curiosidad. ¿Qué dirá tu tío Gonzalo?...

GONZALO. Que lo están ustedes deseando, y que por mí...

FIÍTA. ¡Vamos, vamos!... Teniendo cuidado... Que no venga Leo, que ése haría alguna de las suyas o iría después contando todo lo que oyera.

LEO. Sí, que me ibais a dar tiempo vosotras.

GONZALO. Leo no va, porque con Leo tengo yo que hablar. Me es muy simpático Leo.

LEO. Muy amable, señor.

GENOVEVA. Venga usted, Sofía. Vamos, Fiíta.

SOFÍA. Conste que yo voy muy avergonzada... *(Salen Genoveva, Sofía y Fiíta.)*

ESCENA II

GONZALO y LEO.

LEO. ¡Cómo se conoce que es usted forastero y de Madrid!...

GONZALO. ¿Por qué?

LEO. Porque dice usted que le he sido muy simpático, y aquí disfruto de muy pocas simpatías.

GONZALO. No lo creo. En esta casa, por lo menos, por lo que yo he oído siempre...

LEO. Aquí también son forasteros. Además, ésta es la única casa de Moraleda adonde puede uno venir a gusto; se respira otro ambiente. Felisa es encantadora, y Genoveva, ¡no se diga! No se las merecen aquí. Cuando vengo a esta casa, al salir me parece que salgo más inteligente, vamos, menos burro.

GONZALO. Pues, según mis noticias, de algún tiempo a esta parte ha dejado usted de venir: Genoveva me lo decía.

LEO. ¡Ah!... ¿Genoveva me ha echado de menos?

GONZALO. Ella ha buscado una explicación a su retraimiento.

LEO. ¿Pero tanto se ha preocupado porque yo no viniera?

GONZALO. Las simpatías y las antipatías casi siempre son recíprocas. A usted le es simpática esta casa, es natural que a usted se le mire en ella con simpatía. No hay que ser tan escéptico, joven. Usted vale más de lo que se figura.

LEO. Tomaduras de pelo, no... ¡Ay, usted perdone esta confianza, esta burrada!... ¿Lo ve usted? No puede uno hablar con personas. Usted perdone.

GONZALO. No tiene importancia.

LEO. ¿Y le ha dicho a usted Genoveva por qué cree que yo he dejado de venir?

GONZALO. Porque su mamá de usted no le deja.

LEO. Mire usted, por eso siempre hubiera venido muy poco, porque mi madre me lo decía: «Cuidado, Leo, cuidado con tus tonterías. No vayan a creer que vas con alguna idea... Que ni por lo más remoto se figure Felisa ni Genoveva que tú has podido siquiera pensar en ser novio de Genoveva.»

GONZALO. ¿Su madre de usted le decía eso?

LEO. Sí, señor, sí... Y no necesitaba yo que me lo dijera. Si, a pesar de eso, venía con frecuencia a esta casa, era... Ya se lo he dicho a usted, porque venía con mucho gusto. Aquí lo pasaba muy bien. Pero otra cosa, ni por el pensamiento. Genoveva es hoy el

mejor partido de Moraleda. Claro es que cuando aquí dicen el mejor partido se entiende que sólo se refieren a la cuestión dinero. Lo demás, simpatía, bondad, educación..., les tiene sin cuidado. Yo doy a todo esto más importancia. Y esto sólo bastaría para que yo no hubiera pensado nunca en pretender a Genoveva. Sólo por lo que ella vale me considero yo muy poco. Por lo que tiene, aunque me creyera muy digno, me parecería una indignidad...

GONZALO. Muy bien, Leo. ¿Lo ve usted?

LEO. ¿Qué veo?...

GONZALO. Cómo vale usted más de lo que se figura.

LEO. ¡Ah, en eso, sí! En mi casa, mire usted, todos lo saben, vivimos con modestia, y gracias a que mi madre es un modelo de orden y administración... Claro es que si yo no fuera un calabaza aún podríamos tener las fincas mejor administradas... En fin, para ir viviendo con decoro no nos falta, pero nada más. Yo ya sé que no me casaré nunca, porque una muchacha inteligente no puede hacerme caso, y una de las muchas tontitas que hay aquí, con madres mucho más tontas que ellas, que serían las únicas capaces de hacerme caso..., con ésas no quiero yo nada. ¿Para qué? ¿Para dedicarme a la cría de cebollinos? ¡Vuelva usted a perdonar!... Y en Genoveva, ¡vamos! Cómo iba yo a pensar... No, señor. En casa, pobrecitos; pero muy decentitos.

GONZALO. Me parece muy bien. Pero ¿por qué no tener aspiraciones? No hay matrimonios desiguales cuando la posición de una parte está compensada con cualidades de la otra.

LEO. En este caso, aunque Genoveva no tuviera más que su dinero, no sé con qué cualidades iba yo a compensarla; sin una carrera, sin servir para nada, sin saber de nada...

GONZALO. ¿No ha estudiado usted nunca?

LEO. El bachillerato... Pero murió mi padre, y ya mi madre no pudo conmigo... Y luego, esta vida... Aquí no hay

estímulos. Si no dice uno más que tonterías, es natural, es uno un tonto. Si quiere uno hablar de algo de substancia, es uno un pedante, un intelectual... Aquí, decir intelectual es como un insulto. Así es que nada... Yo, algunas veces, aburrido de mí mismo, porque si creen que estoy satisfecho de mí, hubiera querido irme a Madrid, o más lejos..., a América; pero mi madre... Cuidado que mi madre no es apocada ni gazmoña; pero es una señora a la antigua española. Hablarle de viajes y aventuras, pensar que yo pudiera pasar trabajos, hasta hambre... Y por no disgustarla, aquí seguía y aquí me tiene usted a los veintitrés años, sin hacer nada, sin servir para nada, sin saber de nada, nada..., nada...

GONZALO. ¿Pero usted cree que no sirve para nada?

LEO. Nada. Hacer el burro, el ganso, el indio...

GONZALO. El burro, el ganso, el indio..., ¿y se llama usted Leoncito...? Pues ya es usted algo.

LEO. ¿Sí...?

GONZALO. ¡Una especie de circo Krone!

LEO. Hace usted bien en burlarse de mí.

GONZALO. Nada de eso. La prueba es que voy a hacerle a usted una proposición.

LEO. Usted dirá.

GONZALO. Que se venga usted a Madrid conmigo.

LEO. ¡A Madrid! ¡Madrid...! ¡Mi ilusión, mi sueño...! ¿Pero de qué voy a servirle yo a usted en Madrid?...

GONZALO. No se trata de ningún empleo: es una invitación. Viene usted conmigo a Madrid, está usted allí conmigo hasta que se canse...

LEO. Hasta que se canse usted, porque yo estoy seguro de no cansarme.

GONZALO. Bueno, pues hasta que yo me canse. Se quita usted aquí de murmuraciones, que las habrá de largo en estos días...

LEO. ¡Huy! ¡No quiera usted saber!... Ya lo tengo pensado. Me lo ha dicho mi madre también, pero no necesitaba yo que me lo dijeran. Que se case Silverio con Ge-

noveva o que no se case, yo no salgo de casa en estos días. Todo lo que se dijera con gracia o sin ella, con mejor o peor intención, me lo colgarían a mí. No estoy por eso. Cada chistoso que acepte la responsabilidad de sus chistes. Tiene usted razón, me convendría el viaje; pero cualquiera le pide a mi madre dinero para un viajecito de lujo...

GONZALO. Le he dicho a usted que era invitación.

LEO. Sí, pero de todos modos...

GONZALO. No lo piense usted. Yo me encargo de pedir el permiso y de obtenerlo. Ya verá usted, ya verá usted. Puede que no tenga usted por qué arrepentirse del viaje.

LEO. Eso ya lo creo. ¡Madrid...! ¡Sólo con asomarme a él, con pasear por él; sólo por haberme usted hecho esa invitación...

GONZALO. ¿Qué?

LEO. Que debía de haberle dado a usted dos millones de gracias, y soy tan burro, que no le he dicho a usted nada; pero nada...

GONZALO. Deje usted. Aquí llegan las radioescuchas.

ESCENA III

DICHOS, GENOVEVA, SOFÍA y FIITA.

SOFÍA. Ya se han levantado para despedirse.

GONZALO. Pues van ustedes a perder lo mejor, porque visitas de señora, ya se sabe, desde que se despiden hasta que desaparecen...

FIÍTA. Sí, pero al pasar podrían descubrirnos.

GONZALO. ¿Muy interesante?

SOFÍA. Lo que le decía yo a usted. Un primor diplomático. Doña Zoila hasta ha prometido su regalo de boda.

GONZALO. ¡Ah...! ¿Pero ya se ha hablado de boda?...

SOFÍA. Y se da por hecho.

GONZALO. ¿Y qué ha prometido, qué ha prometido doña Zoila?

SOFÍA. Deshipotecarle la finca a su hermano. Le advierto a usted que la hipoteca serán unos catorce mil reales. Cuento por reales para que aparente y porque la hipoteca viene de aquellos tiempos... La finca no es nada. Un año con otro rentará eso, los catorce mil reales de la hipoteca. Hablo así porque ya sé cómo piensan ustedes. De otro modo, ¡Dios me librara...!

GONZALO. ¿Y tu madre, qué ha dicho a todo eso?

GENOVEVA. Que hablaría conmigo; que en principio todo le parecía muy bien; que no había inconveniente en que Silverio nos visitara...

SOFÍA. ¿Qué iba a decir? Pero yo creo que tu madre no es capaz de imponerte lo que tampoco puede ser gusto suyo. Y cuando se trata del porvenir de los hijos, los padres deben prescindir de su autoridad.

GONZALO. Dice usted muy bien. Sí, señora; cuando se trata del porvenir de los hijos...

LEO. *(Aparte a Gonzalo.)* Creo que es la ocasión de colocar lo del viajecito a Madrid.

GONZALO. En efecto. Pues yo tengo que pedir a usted un favor.

SOFÍA. Usted dirá. Con mil amores...

GONZALO. Que me permita usted llevarme a su hijo conmigo a Madrid.

SOFÍA. ¡Jesús...! ¡A Leo...! ¿Pero usted cree que va a servirle para nada?...

LEO. ¿Lo ve usted? Aunque uno sirviera... ¡Ah, la familia!

GONZALO. Ya veremos, señora; ya veremos. Por lo pronto viene conmigo. Los primeros días nos divertiremos...

SOFÍA. De eso ya se encargará él.

GONZALO. De todos modos se aprende y se estudia. Entonces..., ¿no hay más que hablar?

FIÍTA. Sí, mamá; dale permiso. Nos conviene que se marche por una temporada.

SOFÍA. ¡Nos conviene...! ¡Qué dirá Gonzalo! ¿Que también nos queremos quitar una pepla de encima, como la Marquesa y doña Zoila?...

GONZALO. Señora, yo no digo nada. Encantado de tener a Leo conmigo unos días.

SOFÍA. Pues por mí...

GONZALO. *(A Leo.)* Ya ha oído usted.

LEO. ¿Me permite usted que le abrace? ¡Madrid...! ¡Madrid...! Le abrazo a usted como si abrazara la Puerta de Alcalá...

FIÍTA. ¡Qué suerte tienes...!

GENOVEVA. ¡Dichoso tú...!

ESCENA IV

DICHOS y FELISA.

FELISA. Ahora me han dicho que están ustedes aquí. Ustedes perdonen...

SOFÍA. De nada. Ya sabíamos que tenía usted una visita de importancia.

FELISA. De relativa importancia.

SOFÍA. ¿Y qué, qué se ha tratado? Si no es indiscreción preguntarlo...

FELISA. ¡Por Dios! ¡Hubieran ustedes podido oírlo!...

SOFÍA. Estoy segura que ni la Marquesa ni doña Zoila delante de otras personas hubieran dicho lo que han dicho, lo que supongo yo que habrán dicho; sobre todo en la cuestión de intereses no hubieran sido tan explícitas como supongo yo que habrán sido...

LEO. No quieras presumir de adivinadora, mamá. Sabe Dios lo que habrán dicho y lo que habrán hablado...

FELISA. Es fácil figurárselo, como si lo hubieran ustedes oído.

LEO. *(Aparte a Genoveva.)* Me parece que a tu madre no se la han dado ustedes.

FELISA. Preliminares nada más, nada serio...

SOFÍA. Sí, sí... Usted siempre dice lo mismo, y el día menos pensado nos sorprende usted con la gran noticia.

FELISA. No creo...

SOFÍA. Yo voy a sorprenderla a usted con otra.

FELISA. ¡Sí! ¿Qué es ello?

SOFÍA. Que Gonzalo se empeña en que Leo se vaya con él a Madrid.

FELISA. Muy bien pensado. ¿Y cuándo es la marcha?

GONZALO. Esta misma noche.

SOFÍA. ¡Jesús, esta noche!... Nos vamos ahora mismo; hay que preparar el equipaje a este chico.

GONZALO. Lo preciso nada más. Aunque solterón, el servicio en mi casa está muy bien organizado, y allí se cose, se lava, se plancha...

SOFÍA. No necesita usted decirlo. En las casas de los hombres solos es donde están más a gusto las criadas y más serviciales. La que más y la que menos piensa siempre en heredar al señor, si no es que piensa en casarse con él. Eso ya es un disparate, porque es el modo de quedarse sin criada y de no tener ya ninguna, porque cualquiera sirve a una señora que ha sido antes criada. ¡Que se lo digan a las criadas de Moraleda, que todas han pasado por casa de la de Morales!... Adiós, Felisa. Ésta ha sido visita de médico, pero..., ya ve usted, con este viaje repentino...

LEO. Vendré a despedirme.

FELISA. ¡Yo que iba a decirte que ya no querías venir por casa, y ahora por más tiempo sin verte!...

SOFÍA. *(A Gonzalo.)* Gonzalo, muy agradecida, más que nada por el consuelo que me da usted viendo que le ha sido a usted simpático mi hijo. Aquí todos le quieren mal... Ya verá usted que no es para tanto...

GONZALO. Ya lo he visto, señora.

LEO. Como a todos los grandes hombres, mamá. En su tierra son siempre despreciados. Es necesario que vengan los de fuera a descubrirnos.

SOFÍA. No digas tonterías, hijo. ¡Si vas a eso a Madrid!...

GONZALO. No se apure usted, señora, que allí es donde menos se nota. *(Salen Sofía, Fiíta y Leo.)*

ESCENA V

FELISA, GENOVEVA y GONZALO.

FELISA. ¿Qué idea te ha dado de llevarte a Leo a Madrid?

GONZALO. ¡Qué quieres!... El gusto de proporcionarle esa alegría. A mi edad siente uno afectos paternales. Como yo no puedo llevarme a Genoveva, que se aburriría conmigo, porque yo no podría acompañarla... ¿A título de qué?... Sabe Dios lo que pensaría la gente. Tú no quieres venir nunca a Madrid...

FELISA. No; queda por allí todavía mucha gente antipática a la que no tengo ganas de ver. Pero vamos a lo que importa. ¿Es que tú has pensado en que este chico...?

GONZALO. No he pensado nada.

FELISA. Creí..., por presentar una candidatura en contra.

GONZALO. Ni en favor ni en contra. Ya sabes lo que hemos convenido. Aquí no hay más voluntad que la suya.

FELISA. Entonces no creo, porque este muchacho, sin posición, sin carrera, sin ocuparse en nada...

GONZALO. Lo mismo que el otro.

FELISA. Y aunque parece listillo, en realidad es tonto.

GONZALO. Como el otro, como casi todos. Lo único que no puede sospecharse de las señoras de Moraleda es que hayan engañado a sus maridos con Salomón... Éste, siquiera, tiene a su favor una ventaja...

FELISA. ¿Cuál?

GONZALO. La juventud. De la juventud puede esperarse todo. La juventud siempre puede decir como aquel general francés: «Se ha perdido la batalla; pero son las tres de la tarde: hay tiempo de ganar otras, por muchas que se pierdan.»

GENOVEVA. *(Viendo llegar a Dorotea.)* Dorotea, mamá.

FELISA. Que pase. ¿Qué quieres?

ESCENA VI

DICHOS y DOROTEA.

DOROTEA. El hermano de la Marquesa, el señorito Silverio, que si puedes recibirle... Bueno; él ha dicho que si puede recibirle la señora.

FELISA. Claro que eso habrá dicho.

GONZALO. El natural complemento de la anterior visita. Te dejo. Voy al hotel a disponerlo todo. No vendré a despedirme; así es que hasta...

FELISA. Hasta cuando quieras. Genoveva te tendrá al corriente de todo.

DOROTEA. ¿Qué le digo a ese señor?

FELISA. Que pase aquí; será menos ceremoniosa la visita.

GONZALO. Adiós.

GENOVEVA. Yo te acompaño. Comprenderás que a esta visita no debo estar presente... *(Salen Genoveva, Gonzalo y Dorotea.)*

ESCENA VII

FELISA; poco después, SILVERIO.

SILVERIO. *(Besando la mano a Felisa.)* Felisa...

FELISA. Pase usted, Silverio, y siéntese aquí. Más cerca, nuestra conversación ha de ser muy íntima y acaso muy delicada.

SILVERIO. Todo lo que sea dispensarme usted su confianza será un honor para mí. Mis hermanas me han dicho la favorable acogida de sus pretensiones, nuestras pretensiones, por parte de usted... He querido apresurarme a dar a usted las gracias.

FELISA. Sus hermanas de usted también le habrán dicho que yo sólo podía hablar por mí; yo todavía no he ha-

blado de este asunto con mi hija, y no sé lo que ella pueda pensar. Claro es que de cualquier modo que pensara, nunca sería en menosprecio ni en agravio de usted. Muchas veces, antes de que se hubiera pensado en nada, mi hija y yo hemos hablado de usted y siempre hemos estado de acuerdo en la estimación que usted nos merece.

SILVERIO. Honradísimo con haber logrado esa estimación por parte de ustedes, y lisonjeado al creer merecerla, sólo por venir de parte de ustedes.

FELISA. Muy amable, Silverio. ¿Quiere usted tomar algo? Te no le ofrezco: aún es temprano.

SILVERIO. Gracias, no se moleste.

FELISA. ¿Un cock-tail?... Ahora se toman a cualquier hora... Desde que han entrado en sociedad... Lo prepararé yo misma. No me doy muy mal arte. *(Ha llamado y entra, a poco, Dorotea.)* En mis viajes por mar he aprendido. Tantos viajes...

DOROTEA. Con permiso.

FELISA. Que traigan el bebe-cock-tail, y... ¿cómo lo quiere usted?... Mira, di a Eugenio que venga, que tú no vas a entenderme lo que te pida.

DOROTEA. ¿Cómo que no? ¿Qué va a ser? Flip Porto, Gin Fizz, Rosa-Side, el 49, el Lenine... y cincuenta mil más, que todos los tengo apuntados.

FELISA. Ya veo que estás enterada. Ya oye usted. Bueno, pues trae champán, ginebra, jugo de piña y angostura.

DOROTEA. Está bien. *(Sale.)*

FELISA. Es cock-tail de damas, pero muy agradable, y casi invención mía.

SILVERIO. Entonces delicioso, sin duda.

FELISA. ¿Usted no ha hecho ningún viaje largo por mar?

SILVERIO. ¡Oh, mis viajes!... A Madrid, por el Norte de España; a París, lo más lejos.

FELISA. Dichoso usted. Yo no quisiera volver a viajar. Genoveva, en cambio, sueña con los viajes. Es un espíritu tan inquieto..., lo contrario que yo.

DOROTEA. *(Entrando con el servicio de cock-tail.)* Aquí está todo.

FELISA. Déjalo ahí. Que venga Eugenio para descorchar el champán.

DOROTEA. También sé yo. No hace falta nadie.

FELISA. Está bien, mujer.

DOROTEA. Sin ruido, lo elegante. ¿Deseas algo más?

FELISA. Nada.

DOROTEA. Con permiso. *(Sale.)*

FELISA. Estos servidores antiguos... Pero es una alhaja esta Dorotea. Claro que está muy bien acostumbrada, porque mi casa siempre ha sido un modelo de orden. No lo creerá mucha gente. ¡A mí se me ha calumniado tanto!...

SILVERIO. No creo.

FELISA. ¿Que fuera calumnia? ¿O que se me haya calumniado?

SILVERIO. ¡Por Dios, amiga mía!... ¿Cómo he de creer...? Yo no he oído nunca nada que...

FELISA. Usted sabe que al llegar aquí con mi hija se me recibió con cierta hostilidad, que todavía hay señoras en Moraleda...

SILVERIO. No son, seguramente, las que frecuentan nuestra casa. Usted sabe que en nuestra casa...

FELISA. Ya lo sé. Desde el primer día me acogieron ustedes con un cariño que yo no sé cómo agradecerles a ustedes. A sus hermanas, tan buenas conmigo; a usted, tan atento siempre. Por eso, crea usted, nada sentiría tanto como verme, por circunstancias de la vida, en imposibilidad de corresponder a las atenciones, a la bondad de usted. Y yo no sé... Aún no he hablado con mi hija, y crea usted, es por miedo... Sentiría tanto que, por su parte... Y mi hija... Yo no sé... Las circunstancias de la vida... No ha podido educarse a mi lado... Es un carácter tan distinto al mío... Así es que no sé..., no sé... *(Al ver que Silverio bebe el cock-tail.)* ¿Agradable?

SILVERIO. Delicioso. ¿Usted no quiere?

FELISA. No; sólo champán, un sorbo... *(Pausa.)*

SILVERIO. Felisa, yo no sé lo que pensará usted de mí cuando haya usted oído lo que voy a atreverme a decirle; pero me importa más lo que habrá usted pensado de mí antes de haberme oído.

FELISA. ¡Por Dios, Silverio!... ¿Qué puedo haber pensado?

SILVERIO. Sí, Felisa, sí. Lo que yo pienso, y usted, y Genoveva... Mire usted, Felisa: usted es una mujer inteligente, con usted puede hablarse con claridad. Oiga usted...

FELISA. ¿Qué mira usted? ¿Teme usted que alguien pueda oírle?

SILVERIO. No; usted perdone. Es la costumbre. Es que me figuro que mis hermanas están siempre cerca, siempre al acecho; es que usted no sabe... Si es que yo nunca he tenido voluntad. Mi padre murió cuando yo era una criatura. Me crié entre faldas. Mi madre, carácter dominante, toda una ricahembra de Castilla; mis hermanas, mayores que yo, infanzonas también, de romancero... Se casaron, no tuvieron hijos; enviudaron muy pronto, y en mí pusieron todos sus afectos malogrados y sobre mí cayó toda la autoridad de su carácter dominante, la que debió repartirse entre el marido, los hijos, los yernos..., todo sobre mí... El hermano menor, el benjamín, el único varón de la casa, a quien no les faltó más que ponerle unas faldas para quitarle de varón hasta la apariencia... Y yo no he sido nada porque ellas no han querido. Yo no me he casado porque ellas se oponían siempre. Yo no he querido a ninguna mujer porque ellas la hubieran odiado. Y ahora, diga usted, a mis años, con mil achaques, sin gusto y sin humor para nada, pretenden que yo pretenda unirme a una muchacha joven, guapa, llena de encantos... No, Felisa... Yo deseaba hablar con usted así, como ahora. Y todavía no sé cómo me he atrevido para que usted supiera que yo no, yo no... Ni soy tan imbécil para no verme, para no saber lo que son mis años y mi figura, ni soy tan sinvergüenza para verme y saberlo y pre-

tender casarme con Genoveva. Yo no sé hasta qué punto sorprenderá a usted esta confesión, aclaración, si usted quiere; pero me importaba mucho que usted no siguiera pensando de mí lo que de seguro habrá pensado.

FELISA. El oírle hablar así trastorna de tal modo mis ideas que ya no sé qué pueda decirle a usted.

SILVERIO. Es natural. Ya no puede usted decirme nada de lo que, sin duda, tenía pensado para atenuar con mil dilaciones y con la menor crueldad el desaire definitivo.

FELISA. En fin, cuando la equivocación es favorable... Nada ha perdido usted con ella. Sólo quisiera que no pensara usted que yo he pensado mal de su pretensión y mucho menos del interés de sus hermanas, que, llevadas de su cariño, temían para usted tristes años de soledad y de abandono. Por eso, sin duda, no tuvieron en cuenta cierta desproporción de edad, que, en efecto, ya que me ha hablado usted con tanta franqueza, era lo único que podía hacernos dudar al casarse usted con mi hija, y pensaba en usted tanto como en ella, con ser hija mía, que pudieran ustedes ser felices. Por ley natural, a distintas edades los caracteres no se avienen. Siempre ha de haber alguno que se sacrifique. Y no sé qué sea más triste cuando se quiere, cuando se estima por lo menos, si sacrificar o sacrificarse. Hablo por experiencia. Pero sus hermanas de usted no pensaban mal cuando pensaban que usted debe casarse. Usted ha visto claramente que mi hija no era la mujer que podía convenirle. Genoveva aun tiene menos edad de la que representa.

SILVERIO. Y yo..., toda la que represento...

FELISA. Tendrá usted mi edad, poco más o menos. Y entre nosotros ya está todo hablado; pero a sus hermanas yo no debo decirles lo que usted me ha dicho.

SILVERIO. No, ¡por Dios!... Eso, nunca...

FELISA. Tampoco puedo decirles que es por parte nuestra la

negativa. No me atrevo. Yo también voy a ser franca, no me atrevo; yo quisiera ofrecerles alguna compensación, porque yo estoy muy agradecida a sus hermanas de usted, y yo me hago cargo de todo... Será un disgusto para ellas. ¡Estaban tan ilusionadas con Genoveva!... ¡La juventud adorna tanto las cualidades del espíritu!... Pero, en el fondo, lo que a sus hermanas de usted les importa es que usted se case. Ya digo, temen para usted la soledad en los años peores de la vida. La soledad es muy triste. También a mí me asusta la soledad. Se casará mi hija, y yo también me quedaré muy sola, en los años más tristes... ¿Qué dirían sus hermanas de usted si se casara usted, de un modo ventajoso también, pero con persona que, por su edad, por su experiencia...? Hay a quien le asusta la experiencia; yo creo que no hay mejor garantía, cuando la experiencia de lo pasado ha servido para rectificar nuestra vida, y esa rectificación es la mejor prueba de que nada de lo pasado era nuestra verdadera vida. Cuando nuestra vida es la nuestra, la que de verdad tenía que ser, buena o mala, nuestra vida es una línea recta que no admite torceduras ni rectificaciones. ¿No le parece a usted?

SILVERIO. Eso creo.

FELISA. ¿Y sus hermanas de usted, pensarán lo mismo?

SILVERIO. ¡Ay, Felisa! Usted no conoce a mis hermanas...

FELISA. Sí, creo conocerlas. Ya le he dicho a usted que las tenía mucho miedo.

SILVERIO. Pues si no hubiera sido por ellas, ¿usted cree que antes?...

FELISA. ¿No hubiera usted pensado lo mismo que yo?

SILVERIO. No sé si lo mismo, porque yo no sabía si usted pensaba en volver a casarse.

FELISA. Silverio, que en ese caso yo no sé lo que usted pensaba de mí, pero su pensamiento era un poco atrevido.

SILVERIO. ¡Como usted no sabe, Felisa, que desde hace mucho tiempo!...

FELISA. Mejor es que no hablemos de tiempo; todo es de ahora... Decía usted...

SILVERIO. Que ha sido usted una de mis admiraciones desde que la conocí a usted en Madrid. Sólo de vista. No quise que me presentaran a usted. Un amigo mío era muy amigo de usted...

FELISA. ¿Sí?... ¿Quién?

SILVERIO. José María Utrillo.

FELISA. ¡Ah, sí!... Utrillo... Simpático. Un buen amigo.

SILVERIO. Recuerdo que con él fuí un día a comprar un regalo para usted, una de esas sortijas...

FELISA. ¡Ah, sí! No me acordaba. Sí, me la regaló un día de mi santo.

SILVERIO. Sí, me acuerdo. El día de San José...

FELISA. Sí, el día de San José. No le importe a usted haberlo dicho. ¡Supondrá usted que nunca he creído que usted no supiera!... ¡Ni nadie!... Por eso hay que hablar claro. ¿Usted cree que a sus hermanas les importará mucho que el día de San José haya sido mi santo, entonces?...

SILVERIO. Sólo usted sería capaz de conseguirlo. ¡Pero qué no conseguirá usted, Felisa!

FELISA. Comprenda usted que no soy yo quien debe dar esa batalla.

SILVERIO. Pues yo..., no me atrevo.

FELISA. Pues si usted no se atreve es que le asusta a usted el pasado o el porvenir...

SILVERIO. ¡Ay, Felisa!... A cierta edad hay tan poco porvenir, que no importa lo pasado.

FELISA. Si es por desilusión, no puede alegrarse mucho... Entonces, ¿qué decimos a sus hermanas de usted?...

SILVERIO. Yo veré si me atrevo. Les diré que lo he pensado mejor...

FELISA. ¿Mejor?...

SILVERIO. Mejor, Felisa, mejor...

FELISA. Por si acaso, como argumento decisivo, dígales usted, que, aparte la substitución de persona, en lo

demás será todo lo mismo, como se ha puntualizado esta tarde en nuestra entrevista.

SILVERIO. ¡La cuestión de intereses! ¿Lo ve usted? De eso sí que no quisiera yo que se hablara.

FELISA. Romanticismos, no, Silverio... ¡Si la seguridad que llevamos es nuestro interés! Y dentro del interés no cabe más romanticismo que la lealtad. Y ya que no vamos engañados, que no nos engañemos nunca. ¡Y quién sabe!... Hasta puede que seamos felices... Pero no quiero ni pensarlo, porque la felicidad es reina que sólo le gusta llegar de incógnito, y huye de donde le preparamos festejos para recibirla. No pensemos en la felicidad... Una vejez tranquila, cuando ya los recuerdos, por ser todos lejanos, todos parecen buenos... Que al ir la vida hacia la muerte, como al perderse el mar junto al cielo, todo es cielo... A pesar de lo que decía, nunca está mal un poco de romanticismo. Rejuvenece...

SILVERIO. ¡Es usted un encanto de mujer!...

FELISA. Y perdone usted... Como esta tarde tenemos junta de señoras en el palacio de Su Ilustrísima, y ya debe ser hora...

SILVERIO. *(Saludando.)* ¡Felisa!...

FELISA. ¿No se va usted muy disgustado?... ¿Menos de lo que usted pensaba?...

SILVERIO. Dice usted que no se debe asustar a la felicidad nombrándola ni esperándola...

FELISA. No, una vejez tranquila... Ya es bastante... No hay que pensar en más..., una vejez tranquila... ¡Hasta siempre, Silverio, hasta siempre!... *(Sale Silverio y Felisa se acerca a la mesa y bebe un sorbo de champán.)*

TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

SOFÍA y GONZALO. Gonzalo lee un periódico, termina la lectura y entrega el periódico a Sofía.

GONZALO. Las alusiones son transparentes.

SOFÍA. ¿Qué le decía yo a usted? Es la guerra declarada.

GONZALO. ¿De modo que esas señoras?...

SOFÍA. Usted no sabe... Digo, yo no sé si Felisa se lo habrá escrito a usted.

GONZALO. No; Felisa nunca se atreve a contarme nada de lo que sabe que yo voy a reírme.

SOFÍA. No es cosa de risa, Gonzalo; que usted no conoce a estas gentes... Es decir, en el caso de Felisa, yo sí me reiría: con marcharme de aquí, no sin decirles antes cuatro frescas a esas señoras.

GONZALO. ¿Pero tan mal les cayó el nuevo arreglo matrimonial? Yo siempre creí que, dado lo que ellos pretendían, lo mismo les daría la madre que la hija; es decir, la boda de Silverio con Felisa me parecía..., creo que a todo el mundo le hubiera parecido más razonable; nadie hubiera visto en ella tan claramente a una pobre víctima inmolada; ni esas señoras ni su hermano hubieran parecido unos vulgares traidores de melodrama.

SOFÍA. Pues ahí tiene usted; con Felisa no transigen de ninguna manera: que si el pasado..., que si el presente...

GONZALO. El presente soy yo, ¿no es eso?

SOFÍA. Me enamora usted por lo franco.

GONZALO. No era tanta mi aspiración.

SOFÍA. ¿Parecerme tan franco?

GONZALO. No, señora; enamorarla a usted.

SOFÍA. Por Dios, Gonzalo; no lo dije con esa intención. ¡Qué gracioso! Así tiene usted a mi hijo encantado con usted; dice que no ha conocido persona más simpática. El viaje a Madrid con usted ha sido para él..., ¡qué se yo!; tendrá para contar toda su vida.

GONZALO. Sí; lo hemos pasado muy bien.

SOFÍA. Me lo figuro todo; pero prefiero no saber nada. ¡Dichosos ustedes los hombres!

GONZALO. Señora, yo no sé lo que usted se figura; pero yo sí me figuro que está usted muy equivocada; nuestra vida en Madrid ha sido ejemplar; ¡con decirle a usted que no hemos ido ni una noche a Martín ni a Chantecler que es el abecé del perfecto forastero en Madrid!

SOFÍA. No, si yo no me asusto de nada.

GONZALO. Pues yo sí; yo todavía me asusto de muchas cosas ¿Sabe usted si tardará mucho Felisa? Si supiera que tardaba, iría un momento al hotel y volvería luego

SOFÍA. No se vaya usted; su sitio de usted está aquí, en esta casa.

GONZALO. ¿Usted cree?...

SOFÍA. Sí, señor; sí. ¿Quién mejor? Créame usted: si alguien debía casarse con Felisa es usted; se casan ustedes se lleva usted a Felisa a Madrid con su hija, con Genoveva.

GONZALO. Sí, con Genoveva. ¿A usted le parecería la mejor solución?

SOFÍA. ¿Quién lo duda?

GONZALO. Yo sí lo dudo. Felisa y yo casados no podríamos ser felices; nos hemos tratado con demasiada confian toda la vida, no podríamos engañarnos nunca el un al otro; no me refiero a lo que por engaño se entie

de en el matrimonio..., a nuestros años...; me refiero al engaño necesario en las circunstancias cotidianas de la vida, sin el cual no hay ilusión ni felicidad posible. En el matrimonio aun puede uno arriesgarse, y ya es muy peligroso, a la completa desnudez corporal; a la espiritual no debe uno arriesgarse nunca.

SOFÍA. Según eso, ¿usted cree que en el matrimonio debe mentirse siempre?

GONZALO. ¿Y qué otra cosa es la buena educación?

SOFÍA. ¡Ah!, ¿usted cree que la buena educación es incompatible con la sinceridad?

GONZALO. Nada de eso; creo que la buena educación consiste precisamente en llegar a conseguir que lo más sincero en nosotros sea la educación; desconfíe usted de los que le dicen a usted: «Si no fuera por educación, ya le diría a usted lo que siento», porque la buena educación está en no sentir nunca el deseo de decir a nadie lo que no pueda decirse siempre entre gente bien educada.

ESCENA II

DICHOS, GENOVEVA, FIÍTA y LEO.

SOFÍA. *(A Genoveva.)* Mira quién está aquí.

GENOVEVA. ¡Ah, tito Gonzalo! ¿Cuándo has llegado?

GONZALO. Ahora mismo. *(Saludando.)* Fiíta, Leo.

LEO. *(Abrazando a Gonzalo.)* ¡Don Gonzalo querido! ¿Qué hay por Madrid?

GONZALO. Muy triste desde que tú faltas.

LEO. No lo creo; pero no haría más que corresponder.

GENOVEVA. ¿Por qué no me han avisado que estabas aquí?

GONZALO. Quería hablar antes con Sofía; tu madre ha salido.

GENOVEVA. Sí; creo que ha ido a ver al señor Obispo.

GONZALO. ¡Vamos!...

GENOVEVA. Ya te habrá dicho Sofía...

GONZALO. Sí; ya sé.

GENOVEVA. Hay que convencer a mamá para que nos vayamos de aquí cuanto antes.

LEO. Eso; a Madrid, a Madrid.

GENOVEVA. Tú no sabes, tito Gonzalo, qué gente: ¡lo que dicen, lo que escriben!

GONZALO. Ya sé, ya he visto, ya me figuro; lo que no creo es que tu madre se dé por vencida tan pronto.

GENOVEVA. ¿Qué podría contra todos? Ya lo ves; ya nadie viene a esta casa; sólo Sofía; nunca se lo agradeceremos bastante, porque ella sabe muy bien a lo que se expone.

SOFÍA. No, hija; por eso... Yo cuando quiero, quiero de verdad. Exponerme, sí, ya lo creo; no quiera usted saber lo que van diciendo de mí y de mis hijos.

LEO. Que no lo oiga yo, que no lo oiga yo.

GENOVEVA. Mira: si mamá no quiere que nos marchemos de aquí todos, si no quiere venir a Madrid, nos vamos nosotros, yo me voy contigo.

GONZALO. ¿Tú conmigo? ¿Es verdad? ¿Vendrías conmigo?

GENOVEVA. Sí, sí; contigo, yo sola contigo.

GONZALO. ¡Mi chiquilla! ¡Si tú supieras la alegría que me das! Pero no soy egoísta en mi alegría: no se lo digas a tu madre.

GENOVEVA. Pues sí se lo diré si llega el caso; yo no quiero estar más aquí, yo no quiero vivir en este pueblo.

GONZALO. Eso bien; pero no le digas a tu madre que prefieres venir conmigo, los dos solos; sería una tristeza muy grande para ella.

SOFÍA. Es usted muy bueno, Gonzalo.

GONZALO. ¿Pues qué idea tenía usted de mí, señora?

ESCENA III

DICHOS y FELISA.

FIÍTA. Aquí está Felisa.

GENOVEVA. Mira quién ha venido.

FELISA. Ya lo sabía. ¿Cómo estás?

GONZALO. Muy bien, ya lo ves.

FELISA. ¿Te había escrito Genoveva?

GENOVEVA. Sí; le había escrito; se lo había contado todo.

FELISA. Entonces ya sabes.

GONZALO. Ya sé.

SOFÍA. Dejamos a ustedes.

FELISA. No, Sofía; ustedes son de casa, como de la familia, los únicos amigos verdaderos que tenemos en Moraleda.

SOFÍA. Bien puede usted estar segura.

FELISA. Para ustedes no puede haber secretos en esta casa.

SOFÍA. Muchísimas gracias, Felisa; ya sabe usted que puede usted contar siempre con nosotros. ¿Hay algo nuevo?

FELISA. No saben ustedes: los sobrinos de mi marido se deciden por fin a ir al pleito; esas señoras les han soliviantado, han influído con el marqués de San Silvestre para que ponga a su disposición documentos, cartas de mi marido cuyas fechas pueden ser prueba de que mi marido estaba muy lejos de España y no podía haberme conocido siquiera en el tiempo en que nació mi hija.

SOFÍA. Y el Marqués, que nunca se ha llevado muy bien con sus sobrinos, ¿se ha prestado ahora?...

FELISA. ¡Tanto le habrán dicho!; suponga usted que hasta de la influencia del señor Obispo han querido valerse; yo sé que Su Ilustrísima hasta ahora no había querido intervenir; pero esta mañana fuí a visitarle, y no he podido verle, no me ha recibido; ¿qué debo pensar?

SOFÍA. No se disguste usted.

FELISA. Disgustarme, no; veremos, veremos; todavía no me conocen; yo saldré de aquí, pero antes han de oírme: las primeras, esas señoras.

SOFÍA. Eso, eso.

FELISA. Esas señoras a quienes les parecía muy bien mi dinero filtrado, que yo les sacrificara mi hija; entonces no importaba lo que hubiera sido de mí: todo estaba muy bien... Pues han de oírme, les aseguro que van a oírme, y en cuanto a Su Ilustrísima...

GONZALO. ¡Por Dios, Felisa!; un cisma en Moraleda, no.

FELISA. No lo eches a broma; tú sí me conoces.

GONZALO. Porque te conozco sé que harás lo que hayas pensado hacer, aunque pienses hacer otra cosa.

FELISA. Pienso marcharme mañana mismo a Madrid.

LEO. Eso; a Madrid, a Madrid.

GENOVEVA. Sí, mamá; vámonos cuanto antes. Si tú no lo hubieras pensado me hubiera ido yo sola con tito Gonzalo.

FELISA. Eso es idea suya: tú sola con él; no faltaría más; los hombres, siempre egoístas.

GONZALO. *(A Sofía.)* ¿Oye usted?

SOFÍA. No tiene usted razón, Felisa.

FELISA. ¿Qué no tengo razón? Ya lo oye usted; en estas circunstancias sólo piensan separarme de mi hija, aunque yo me quedara aquí sola.

GONZALO. Sí; todo es verdad; pero yo no lo había pensado.

FELISA. ¡Ah!... ¿Ha sido ella, mi hija? No me faltaba más; te quiere más que a mí, más que a mí, que todo lo he sacrificado por ella, pues si aún estoy aquí, si he soportado a toda esta gente hipócrita, violentándome para no arrojarles a la cara con la verdad de mi vida la verdad de sus adulaciones y sus bajezas a mi dinero, sólo ha sido por ella, nada más que por ella; por mí, ¿qué me importaba?

GENOVEVA. ¿Por mí dices? Pues has hecho muy mal, muy mal; yo te lo digo.

FELISA. Sí, ahora puedes decirlo; pero puedes decirlo gracias a que yo logré para ti todo esto que ahora desprecias, que no te falta nada en la vida, que es cuando únicamente puede decirse que todo nos sobra; pero si yo no hubiera conseguido todo lo que he conseguido, si tú hubieras pasado todo lo que yo he pasado para conseguirlo..., ¡ah!..., entonces sabrías lo que vale esa libertad, esa independencia de tu corazón, que ahora es mi orgullo, aunque se rebele en contra mía para acusarme; porque puedes decirme que hice mal, sé yo que hice bien. Si hubieras padecido conmigo una vida de humillaciones, de miserias,

quién sabe si no hubieras tenido que ser tú la que hubiera querido librarme de padecerlas, y entonces, yo, que no me hubiera atrevido a acusarte nunca, a mí nunca me hubiera perdonado. Prefiero que seas tú quien acuse, prefiero que seas tú quien no perdone. Es mi orgullo, es mi orgullo...

GENOVEVA. ¿Acusarte yo?... Si no es de la verdad de lo que ahora te culpo; es de esta vida de ahora, todo mentira.

GONZALO. Eso sí; querer ser lo que no ha debido importarte ser nunca. ¿Para qué necesitabas de la falsa estimación de toda esa gente, comprada con tu dinero?

FELISA. Sí, tenéis razón; sólo es nuestro en la vida lo que nadie puede quitarnos, lo que no depende de juicios y opiniones ajenas: los afectos que están bien probados en las mudanzas de la vida, a los que nada importa si somos buenos o malos, sino que somos como somos, porque así nos quisieron... ¡Es verdad, es verdad!... Y esa será desde hoy mi vida; tú, hija mía, primero que nadie. *(Ha entrado Dorotea y ha hablado con Gonzalo; después sale Dorotea.)*

GONZALO. Felisa...

FELISA. ¿Qué?

GONZALO. El Secretario del señor Obispo desea verte.

FELISA. *(Con alegría.)* ¡Ah!... Que pase, que pase en seguida. ¿Qué traerá?

GONZALO. ¿Quién sabe? Es posible que ahora que tú estás decidida a dejarlos, sean ellos los que no te dejen.

FELISA. Si fuera eso...

SOFÍA. Gonzalo dice bien; ya verá usted cómo se avienen a todo... Dejamos a usted.

FELISA. No se vayan ustedes, esperen ustedes...

LEO. Yo voy al Casino un momento. Tengo que ver a uno.

FIÍTA. Por Dios, Leo, no vayas a contar allí...

LEO. No; conversación, no.

GENOVEVA. Si mi madre fuera capaz de hacer lo que dice...

GONZALO. Lo que dice y hasta lo que piensa, no sé; lo que quiera, sí; de eso estoy seguro. *(Salen Sofía, Fiíta, Gonzalo y Leo.)*

ESCENA IV

FELISA, y a poco el SECRETARIO del Obispo.

SECRET. *(Saludando.)* Doña Felisa...

FELISA. Pase usted, don Isidoro, pase usted; tome usted asiento.

SECRET. Gracias, no me siento. Su Ilustrísima ha sabido que esta mañana ha estado usted en palacio, que deseaba usted hablar con Su Ilustrísima; ha sentido tanto no ver a usted...; yo no sé si usted sabe que Su Ilustrísima tenía confirmación esta mañana en las escuelas del Santo Ángel.

FELISA. No me dijeron nada.

SECRET. Pues sí, ya digo: ha sentido tanto que usted se haya molestado; me envía a pedir a usted mil perdones y a decir a usted que siempre está usted muy presente en su atención y en su afecto; que tal vez muy pronto tendrá usted ocasión de apreciar el interés de Su Ilustrísima por esta casa. Acaso esta misma tarde venga Su Ilustrísima a visitar a usted.

FELISA. ¿Cómo agradecer tanta bondad?...

SECRET. Su Ilustrísima ha pensado mucho en usted en estos días. *(Despidiéndose.)* Doña Felisa, no molesto más; si no manda usted nada...

FELISA. Mis respetos a Su Ilustrísima, y muy agradecida a sus bondades.

SECRET. No se moleste en acompañarme, doña Felisa. *(Felisa le acompaña hasta la puerta; queda sola un momento.)*

ESCENA V

FELISA y DOROTEA.

DOROTEA. ¿Estás sola?

FELISA. ¿Qué quieres?

DOROTEA. El señorito Silverio, que si puedes recibirle. ¡Poca vergüenza!

FELISA. ¡Dorotea!...

DOROTEA. No creas que voy a decírselo a él.

FELISA. Serías muy capaz. Que pase.

DOROTEA. Está hablando en la antesala con el secretario del señor Obispo, que salía cuando él entraba.

FELISA. Cuando terminen de hablar, que pase.

DOROTEA. Está bien; pero yo que tú..., ¡con las cosas que oye una! Claro es que tú harás el mismo caso que hago yo de todo; pero yo que tú..., yo sabría lo que tenía que hacer.

FELISA. ¡Ay, Dorotea, lo que hablas!

DOROTEA. No he dicho nada. *(Sale.)*

ESCENA VI

FELISA y SILVERIO.

SILVERIO. Gracias, Felisa, gracias; creí que no querría usted recibirme.

FELISA. ¿Por qué, Silverio?

SILVERIO. Porque he debido venir mucho antes; porque no he debido consentir que usted creyera ni por un momento que yo podía estar de acuerdo con mis hermanas.

FELISA. Sus hermanas de usted, es natural, llevadas del cariño que sienten por usted; usted no tiene voluntad propia, es usted el benjamín, el niño de la casa.

SILVERIO. Tiene usted razón para burlarse de mí; pero si usted supiera...

FELISA. ¿Qué?

SILVERIO. Esta mañana, al leer en *La Opinión*...

FELISA. ¿Qué dice *La Opinión?*... El periódico, ¿no es eso?

SILVERIO. ¿No lo ha leído usted?

FELISA. No, yo no leo nada, no sé de nada de lo que se dice; no me entero de nada, y estos días han sido para mí de tantas ocupaciones: las cuentas de la administración de mi casa, las atenciones de tanta obra benéfica; no sé nada de lo que pasa en Moraleda. De sus hermanas y de usted sólo he sabido por su ausencia, que ya era muy elocuente. ¿Y qué dice, qué dice el periódico? Por ahí andará; se recibe todos los días; pero yo tengo tan pocas veces tiempo para leerlo.

SILVERIO. En los ecos de sociedad, alusiones de muy mal gusto, insidias; ya puede usted figurarse; es mejor que no lo haya usted leído; yo me he indignado.

FELISA. No vale la pena.

SILVERIO. No va usted a creerlo: a mis hermanas les he dicho todo lo que había callado en tantos años.

FELISA. ¿Es posible?... ¿Ha tenido usted tiempo?

SILVERIO. ¡Con decirle a usted que vengo de pedir habitación en el Hotel del Comercio! Una habitación para mí; no pienso en volver a vivir con mis hermanas.

FELISA. Pero, Silverio, por Dios, ¿qué va a decir la gente? Dirán que yo tengo la culpa.

SILVERIO. Y no tengo que decir a usted que si usted sigue pensando como pensaba, yo pienso lo mismo, y que por mí...

FELISA. Pero comprenderá usted que yo no puedo aceptar una posición violenta con sus hermanas de usted, que yo sólo puedo formar parte de su familia de usted con todos los honores, como cuando se trataba de mi hija, cuando todo les parecía bien.

SILVERIO. Por lo mismo que estaba mal.

FELISA. Apreciaciones muy respetables, tan respetables para mí como sus hermanas de usted.

SILVERIO. Pero es que ya no se trata de mis hermanas; se trata de mí.

FELISA. Yo no puedo separarles a ustedes. Con franqueza, no me conviene.

SILVERIO. Hará usted mal. Le advierto a usted que media Moraleda estaría de nuestra parte.

FELISA. Sí; pero es la media Moraleda que a mí no me importa. Yo no soy nada populachera; soy muy aristocrática, por mi nacimiento y por mi educación. Todos hemos visto y admirado el heroísmo de Francia en la gran guerra: ¿Usted cree que hubiera puesto tanto heroísmo por conquistar naciones enteras como por reconquistar dos provincias que habían sido suyas? Todo lo que yo he descendido en la vida sólo ha sido pensando en volver a subirlo; pero por la escalera principal, no por la de servicio, ya lo sabe usted.

SILVERIO. Mis hermanas aceptarían siempre los hechos consumados, y con mis hermanas toda la buena sociedad de Moraleda.

FELISA. No; yo no acepto un compasivo: «Ya que no tiene remedio...» Soy muy orgullosa; me ha costado mucho poder serlo.

SILVERIO. De mi brazo entraría usted en todas partes, con todos los honores.

FELISA. Los honores necesitan el acompañamiento. ¡Del brazo y los dos solos! Para eso tendríamos que ser jóvenes y estar muy enamorados; sólo así puede uno aventurarse a la soledad, por cualquier camino, y hasta sin dinero; ninguno de los dos estamos en ese caso.

SILVERIO. ¿De modo que para esto he reñido yo con mis hermanas?

FELISA. Es que nunca ha debido usted reñir con ellas.

SILVERIO. Es que... ¡si viera usted que es la mayor satisfacción que he tenido en mi vida! Crea usted: hablaba, hablaba, y me parecía que era otro el que hablaba, y como yo estaba tan satisfecho de oírle, el otro se animaba y hemos dicho cosas..., cosas que mis herma-

nas no me perdonarán nunca. ¿Qué va a ser de mi vida?

FELISA. ¡Por Dios!, de su vida, lo que ha sido siempre; sus hermanas le perdonarán todo; volverá usted a su casa hoy mismo, sí, hoy mismo; no querrá usted que demos más que hablar en Moraleda; ya ha sido bastante. Yo salgo mañana mismo para Madrid; volveré a levantar la casa, y, si puedo, vender las fincas en buenas condiciones.

SILVERIO. Felisa, usted no sabe; estaba yo tan ilusionado.

FELISA. También yo, también yo tenía mis ilusiones: una vida tranquila empleada en buenas obras, en hacer todo el bien posible, merecer la estimación y el afecto de todos...; pero ya ha visto usted: no es posible; sus hermanas de usted..., ¿cómo luchar en contra suya?; ellas están escudadas en una vida de virtud irreprochable. Ahora sí, que cuando la virtud se pone a ser antipática...

SILVERIO. Que va usted a decirme.

ESCENA VII

DICHOS y SOFÍA.

SOFÍA. ¡Ay, perdonen ustedes! ¡No sabía!... Perdone uste Felisa.

FELISA. De nada.

SOFÍA. Es que yo... Usted no sabe, me han avisado ahora.

FELISA. Me asusta usted. ¿Qué ocurre?

SOFÍA. Nada, nada; ya le diré a usted.

SILVERIO. *(Despidiéndose.)* Felisa, yo aún no desisto; espero siempre, piénselo usted.

FELISA. De todos modos, gracias.

SILVERIO. Eso no; yo a usted. ¡Si usted supiera! Aunque no fuera más que este día de hoy en libertad, a mis anchas, sin oír: «¿Dónde vas con ese abrigo tan ligero?» «No te sientes ahí, que hay una corriente de aire.»

«No comas eso, que no puede sentarte bien.» «No saldrás esta noche, que hace quince años, o veinticinco, o treinta, a lo mejor, se murió alguien de la familia», y así siempre. ¡Y usted que ha podido ser mi libertadora!

FELISA. Ya le digo a usted que no estoy por las revoluciones ni por las libertades; soy muy de orden, pero muy a la antigua, con sistema parlamentario. Hasta cuando usted quiera, Silverio. *(Sale Silverio.)*

ESCENA VIII

FELISA y SOFÍA.

FELISA. ¿Qué ocurre?

SOFÍA. Calle usted; mi hijo, mi Leo, desde el Casino ha avisado a Gonzalo para que fuera en seguida; yo, asustada, he telefoneado, y aunque de seguro no me lo han dicho todo, me han dicho que mi Leo ha tenido una discusión violenta con Paco Manzanares, que se han pegado; eso sí, mi Leo ha podido más; pero cuando él ha avisado a Gonzalo, es que habrá un lance pendiente, un desafío.

FELISA. ¡Por Dios!, un desafío; ya no es costumbre; eso sí que es del antiguo régimen; no tenga usted miedo.

SOFÍA. Es que Paco Manzanares se las da de gallito; mi Leo ya le tenía entre ojos; hoy parece que estaban hablando en el Casino de cosas...; ya puede usted figurarse: de lo que habla todo el mundo en estos días. Mi Leo les quiere a ustedes mucho, como todos nosotros, y no ha podido consentir... En el Casino no quiera usted saber; creo que se ha armado un tole tole, unos a favor de mi Leo, otros al lado de Paco Manzanares... Y todo obra de la Marquesa y doña Zoila. ¿Qué le decía yo a usted siempre? Pero ya he visto que Silverio ha venido a visitarla a usted. ¿Qué dice de todo esto? ¿Qué actitud es la suya?

FELISA. Dice que ha tenido también una escena violenta con sus hermanas.

SOFÍA. ¿Qué me dice usted? No lo creo.

FELISA. Sí, sí, hay que creerlo. Dice que se ha ido de su casa.

SOFÍA. ¿Sin niñera? Y venía a ofrecerle a usted su mano, ¿no es eso?

FELISA. Sí, a eso ha venido.

SOFÍA. Mire usted, Felisa, yo no quisiera hablar; pero hay cosas que..., vamos, que si una callara... Todo esto es un plan, un plan muy bien urdido; no crea usted otra cosa. Ellas, al ver la actitud de usted, tan digna, tan de señora...

FELISA. Gracias, Sofía.

SOFÍA. Estarán ya muy arrepentidas, no le quepa a usted duda; pero por no dar su brazo a torcer, ahora quieren que parezca que es el hermano el que prescinde de ellas, y después..., ¡qué remedio!, al fin es su hermano, y unas señoras tan cristianas, ¡qué han de hacer más que perdonar! Es muy cómodo aceptarlo todo sin consentir en nada.

FELISA. Sí, sería muy cómodo, de mucho lucimiento para ellas; pero no han contado conmigo.

SOFÍA. Por supuesto. ¿Usted sabe lo que han llegado a decir? ¡Es horrible! Como no han dejado de pinchar al pobre Marqués de San Silvestre para que hiciera causa común con sus sobrinos y fuera con ellos al pleito contra ustedes; como el pobre Marqués, que es un caballero, no se prestaba a sus manejos, se han atrevido a propalar que era porque mi Leo iba a casarse con Genoveva, y San Silvestre tenía interés en esa boda porque..., se pasmará usted de adónde llega la maldad, porque yo, antes de quedarme viuda, ni siquiera han tenido la delicadeza de decir que después de enviudar, había tenido que ver con San Silvestre, y que mi Leo, ¡mi Leo!, figúrese usted, mi Leo que es el vivo retrato de su padre... ¿Usted concibe que pueda llegarse a tanto?

FELISA. ¿Quién puede creerlo?

SOFÍA. Y hablando de otra cosa, aunque sea hablar de lo mismo; ¿qué traía el Secretario de Su Ilustrísima?

FELISA. Venía de parte de Su Ilustrísima a disculparse de no haberme recibido esta mañana; a decirme que Su Ilustrísima se interesaba mucho por mí, y que acaso no tardaría mucho en recibir una indudable demostración de su afecto.

SOFÍA. De seguro. ¿Qué le decía yo a usted? Todo obedece a un plan. Ya sabía yo que no iban a permitir que usted se les escapara. Ahora, que ellos creían que usted iba a asustarse y a rendirse ante ellos sin condiciones.

FELISA. ¿De modo que usted cree?...

SOFÍA. Que no tardará usted en recibir la visita de Su Ilustrísima con las condiciones de paz; que no debían ser ellos, sino usted, quien las imponga. Claro que por muy duras que sean, a ellos les costará una humillación, una sofoquina; pero a quien le costará su buen dinero será a usted siempre.

ESCENA IX

DICHAS, GENOVEVA, FIÍTA, GONZALO y LEO.

GONZALO. Salud al héroe.

SOFÍA. ¡Gracias a Dios! ¡Ay, hijo, hijo!... ¿Cuándo dejarás de darme disgustos?

LEO. Pero mamá...

GONZALO. No; hoy no debe usted reñirle; se ha portado como un caballero.

SOFÍA. ¡Si no hubieras ido al Casino!... ¿Qué tenías tú que hacer en el Casino?

LEO. Hubiera ido a cualquier otra parte, y en cualquier parte hubiera sido lo mismo; en donde me hubiera encontrado con Paco Manzanares. ¡Pues no le tenía yo ganas!...

SOFÍA. ¿Supongo que todo esto no pasará más adelante?

LEO. Por mí... Si él quiere...

SOFÍA. Gonzalo, dígame usted la verdad.

GONZALO. No tenga usted cuidado, señora, no ocurrirá nada; no faltaría más. Su hijo de usted se ha portado como debía, y no tanto por lo que ha hecho como por lo que les ha dicho a todos esos señores del Casino con mucha razón y muy buen sentido. *(Abrazando a Leo).* Muy bien, Leo.

FELISA. Gracias, Leo.

LEO. De nada. Aunque no se hubiera tratado de personas para mí tan respetables y tan queridas... Yo sólo hice lo que hubiera hecho cualquiera. *(A Gonzalo.)* ¿Cómo eran los versos qúe me dijo usted antes, que venían muy bien?

GONZALO.
En defensa de una dama,
cualquiera que tenga honor.

LEO. Eso es; ¿de Castelar me dijo usted que eran?

GONZALO. De Echegaray.

LEO. Es verdad; voy a apuntarlo. *(A Fiíta.)* Tú no sabes las cosas que voy apuntando; quiero ilustrarme poco a poco.

GONZALO. *(A Genoveva.)* ¿No querías un héroe?

GENOVEVA. No ha estado mal. Si ya sabes tú que Leo siempre me ha parecido bien.

LEO. *(A Fiíta.)* Yo incólume, ya lo ves; Paco no puede decir lo mismo, y eso que él es una fuerza en todos los deportes. ¡Toma deportes! Te advierto que todo el mundo se ha alegrado, porque ya estaban hartos de las bravuconadas de Paco. En cuanto a la Marquesa y doña Zoila, son muchos los que trinan contra ellas. Aunque no lo parezca, Moraleda no es tan reaccionario como parece; hay muchos elementos liberales que simpatizan con todo lo que representa...

GONZALO. Discursos políticos, no, querido Leo.

FELISA. Ni yo quisiera que por mí hubiera una guerra civil en Moraleda.

SOFÍA. Mucho menos cuando estamos en vísperas de paz.

GONZALO. ¡Ya! El palacio episcopal ha sido el Locarno. Lo suponíamos.

SOFÍA. Lo esperábamos. *(Entra un criado.)*

CRIADO. Con permiso. La señora Marquesa de los Arenales con su hermana y el señor marqués de San Silvestre.

GONZALO. ¡Digo!, más pronto de lo que esperábamos.

FELISA. *(Con alegría.)* ¡Ah! Que pasen, que pasen en seguida. Ustedes perdonarán.

SOFÍA. No faltaría otra cosa.

FELISA. Si quieren ustedes oír desde allí... *(Señalando a una puerta.)*

SOFÍA. ¡Por Dios!, no somos tan indiscretas; ya nos lo contará usted todo. Enhorabuena, Felisa, enhorabuena; esto significa para usted el triunfo; pero no se deje usted imponer condiciones; no olvide usted que ha sido usted la que ha vencido y que a su lado está media Moraleda. ¿Vamos? *(A los demás personajes.)*

GENOVEVA. *(A Gonzalo.)* ¿Lo ves? Ya se ha olvidado de todo lo que decía.

GONZALO. Y tú lo sientes, ¿verdad?

GENOVEVA. Sí; ¡podíamos haber sido tan felices! *(Salen todos menos Felisa.)*

ESCENA X

FELISA, LA MARQUESA, DOÑA ZOILA y EL MARQUÉS DE SAN SILVESTRE.

FELISA. Marquesa, doña Zoila, José Manuel. ¡Cuánto bueno!... Siéntense ustedes.

MARQUESA. Yo no sé si le sorprenderá a usted nuestra visita, yo no sé lo que usted habrá pensado de nosotras.

FELISA. ¡Por Dios, Marquesa, qué podía pensar!

MARQUESA. Tampoco creemos que usted haya podido creer nada de lo que por ahí se ha propalado.

FELISA. De ningún modo.

MARQUÉS. De mí sé que te han dicho que yo pensaba ir al pleito con mis sobrinos. Tú sabes lo que he pensado siempre en este asunto; para mí la última voluntad de mi hermano es sagrada, lo será siempre.

FELISA. Lo sabía, José Manuel; yo nunca he creído...

MARQUESA. Nosotras nunca hubiéramos descendido a explicaciones si no hubiéramos leído hoy ese periódico que dice cosas...

FELISA. ¡Quién hace caso!...

MARQUESA. Sí; pero hay cosas... Comprenda usted que esas dos damas muy respetables a que alude no podemos ser nosotras, de ningún modo; nosotras nunca hemos dicho que nos opusiéramos al matrimonio de Silverio; sólo le hemos aconsejado que reflexionara unos días; usted comprenderá que un matrimonio es una cosa muy seria; pero usted comprenderá que si el matrimonio con Genoveva nos parecía muy bien, no hay motivo para que el matrimonio con usted nos parezca peor.

ZOILA. Silverio, por su parte, nos ha convencido con las mejores razones.

MARQUESA. Esta mañana, después de haber hablado los tres en la mejor armonía...

FELISA. Sí, ya sé...

MARQUESA. ¿Lo sabe usted? ¿Ha visto usted a Silverio?

FELISA. Sí, ha venido.

MARQUESA. Entonces él le habrá dicho a usted...

FELISA. Sí, me lo ha dicho todo; yo he sido la que, a su vez, le ha pedido algún tiempo para reflexionar todavía.

MARQUESA. Nos parece muy bien; el matrimonio es una cosa muy seria y todo lo que se reflexione... Pero convendría que cuanto antes se diera un mentís por parte de todos a las habladurías, a las suposiciones de la gente, porque la gente habla... ¡Es tan mala la gente!...

FELISA. No, si habla por hablar, y si viera usted que yo no le he dado ninguna importancia, mientras no me faltara el apoyo de Su Ilustrísima.

MARQUESA. Eso sí, Su Ilustrísima ha sido el primero...

FELISA. ¿En aconsejar a ustedes?...

MARQUESA. Aconsejarnos no era preciso; en aprobar lo que nosotras pensábamos.

MARQUÉS. Nos habían dicho que pensabas en dejar Moraleda; eso no es posible.

MARQUESA. Nos hace usted mucha falta.

ZOILA. ¿Qué sería de tanta buena obra?...

MARQUESA. Ya nos ha dicho Su Ilustrísima su último ofrecimiento, está agradecidísimo.

FELISA. A mí no; eso no es cosa mía. *(Entra un Criado y anuncia.)*

CRIADO. Su Ilustrísima el señor Obispo.

FELISA. *(Levantándose y adelantándose para recibirle en la puerta.)* ¡Ah!... *(Todos se levantan.)*

ESCENA XI

DICHOS, el OBISPO y el SECRETARIO.

FELISA. *(Besándole la mano.)* Ilustrísima... ¡Cuánta bondad!...

OBISPO. Señoras: celebro hallarlas reunidas. La paz sea con todos, la paz sea siempre con nosotros. Ya le habrá dicho a usted Martínez la causa de no haberme encontrado esta mañana. Lo he sentido tanto.

FELISA. No necesitaba disculparse conmigo, Ilustrísima.

OBISPO. ¿Y está ya todo acordado entre ustedes?

FELISA. Creo que sí.

MARQUESA. Por nuestra parte...

OBISPO. Me congratulo de ello; de ese modo quedará usted más vinculada a esta noble ciudad de Moraleda, que tanto debe a usted. Ya me ha dicho Martínez su nuevo ofrecimiento.

FELISA. Sí, y como no se trata de mí en este caso no es ostentación de donativo. *(Entrega un sobre al Obispo.)* Le ruego que lo acepte para la buena obra que Su Ilustrísima crea más necesitada.

OBISPO. ¿Sin nombre del donante?

FELISA. Se trata de una amiga mía muy querida, que, desde muy lejos, me remite esa cantidad para que yo la destine a algún fin benéfico; una amiga muy desgraciada; no quiere que figure su nombre.

OBISPO. Bien está; que tu mano izquierda ignore lo que da tu derecha. Por desgracia, la realidad nos dice que la dádiva anónima no es tan buen acicate de la caridad como la dádiva cuya procedencia se conoce; el nombre de una persona, si es muy conocida sobre todo, estimula la caridad de otros donantes. Por eso yo agradecería a usted que nos permitiera publicar ese nombre.

FELISA. No sé si mi amiga... En fin, por complacer a Su Ilustrísima... El nombre de mi amiga es Pepa Doncel. *(Hay un silencio embarazoso.)*

OBISPO. En ese caso pondremos: Entregado por la señora viuda de Cifuentes, por encargo de una persona que desea ocultar su nombre. En nuestras oraciones la encomendaremos muy especialmente, puede usted decírselo, y Dios se lo pague a su amiga y a usted. He oído decir que no habrá sólo una boda en esta casa, ¿es verdad?

FELISA. Es posible.

MARQUESA. Sí; nos han dicho que Genoveva y Leo.

FELISA. ¿Quién sabe?

ZOILA. Nos alegraríamos mucho.

MARQUESA. Sofía es muy buena amiga, y se lo merece todo. *(Al Obispo.)* Si Su Ilustrísima quisiera honrarnos a la mesa el próximo sábado?

OBISPO. Con mucho gusto. Comida de familia; seré con ustedes.

MARQUESA. Felisa, ya lo sabe usted; invitaré también a Sofía con sus hijos. Y nos retiramos. *(Despidiéndose.)* Felisa, ¿está usted contenta?

FELISA. ¿Cómo no estarlo?

ZOILA. Felisa, aunque no le diga a usted nada, ya sabe usted

MARQUÉS. Me alegro de que el chico de Sofía y Genoveva...

FELISA. Ya lo sabía; no por lo que dice la gente.

OBISPO. (*Despidiéndose.*) Doña Felisa, nada más grato para mí que disipar nubecillas entre mis amados feligreses.

FELISA. Dice bien Su Ilustrísima: nubecillas. (*Salen todos, y a poco vuelve Felisa.*)

ESCENA XII

FELISA, y después GONZALO.

GONZALO. No me digas nada; en la cara conozco que estás en tus glorias... ¡Tus glorias!

FELISA. He vencido.

GONZALO. Te han vencido. No hay triunfador que no sea, como tú, prisionero de su triunfo.

FELISA. Sí, ya sé que para ti...

GONZALO. ¿Para mí dices?... Qué pronto has olvidado.

FELISA. ¿Qué?

GONZALO. Sólo es nuestro lo que nadie puede quitarnos, lo que no depende de juicios ni opiniones ajenas: los afectos, que son muy nuestros, porque están bien probados en las mudanzas de la vida. Tu hija, nuestra hija, que no te conoce tanto como yo, creyó que era verdad lo que decías; ella deseaba que hubiera sido verdad; pero tu felicidad, tu orgullo, es este triunfo en Moraleda. Pues bien: quédate aquí con los tuyos; Genoveva viene conmigo a Madrid; allí será su boda.

FELISA. ¿Su boda? Te saldrás con la tuya; esa boda que tú has concertado a tu gusto.

GONZALO. ¿Tú crees que si yo no creyera que Leo es un buen muchacho?...

FELISA. Si ya ves que yo no me opongo, aunque creo que Sofía, por distintos medios que la Marquesa y su hermana, aparentando no buscar lo que deseaba y proponía, lo ha conseguido más pronto.

GONZALO. No negarás que con más habilidad y más simpatía.

FELISA. Eso sí. Pero Genoveva no va a Madrid contigo.

GONZALO. Es ella la que quiere venir; ella te lo dirá.

FELISA. ¡Ella!... ¿Pero es posible?... Ahora también..., ¡siempre! Ya no te faltaba más que hasta de mi hija tenga yo que estar celosa.

GONZALO. Si eso debía ser tu mayor satisfacción, eso sí que debía ser tu orgullo, y no el haber triunfado sobre las rastrerías de toda esa gente, que te ha hecho suya, suya. ¡Hubiera sido tan bonito!...

FELISA. ¿Qué?

GONZALO. Después de verles humillarse, despreciarlos, azotarlos con la verdad, volver a ser tú misma.

FELISA. ¿Pero tú crees todavía que yo no soy ésta, que no lo he sido siempre? La otra, Pepa Doncel, sólo pensaba en llegar...; no en volver a ser ésta, ya lo sabes.

GONZALO. Ya lo sé. Y lo que has ganado, ¿valdrá lo que pierdes?

FELISA. ¿Qué pierdo? Nuestro cariño ya deshojó todas sus flores; sería inútil intentar substituirlas con flores de artificio.

GONZALO. ¿Y nuestra hija? ¿No es ella la mejor flor de nuestro cariño?... Y ella nos quiere juntos.

FELISA. Ahora sí; ahora, como tú dices, sería muy bonito irnos los tres juntos a Madrid, casarnos nosotros y que mi hija volviera a ser para todos la hija de Pepa Doncel; pero después, algún día, ella misma, con su marido, con hijos también, separada de nosotros, ya no pensaría lo mismo. ¿Tú crees que todo esto ha sido para mí un juego de mi vanidad de mujer, una conquista más, la conquista de Moraleda con todos sus fariseos? ¡No! ¡Es más que todo eso; es mi orgullo de madre! El orgullo de haber conseguido, bajo el falso respeto para mí, que bien sé lo que vale y lo que cuesta, el verdadero respeto para mi hija.

GONZALO. ¿Y si tu hija prefiere la verdad a todas estas mentiras?

FELISA. ¿La verdad? ¿Y qué más verdad que haberme sacrificado por ella?... No, tú no lo crees, no quieres creerlo.

GONZALO. ¿Qué?... ¡Habla!

FELISA. Tú lo sabes; eres el único hombre, ¡el único!, a quien yo he querido, y ahora mi hija te quiere más

que a mí; en tu cariño hay más halago, más alegría para su juventud y sus amores; te quiere más que a mí, y no me importa; por ser tú no me importa; tenía que ser así sólo por ser mi hija; ¿qué no te habrás llevado de mi vida? ¿Y aún quieres más verdad que este sacrificio, tu cariño y el de mi hija, que se unirán en contra mía?... Os diréis el uno al otro: «Ha preferido aquella vida, aquella vida; la prefiere a la verdad de nuestro cariño. ¡Hubiéramos podido ser tan felices!...»

GONZALO. Entonces, si lo crees, ¿por qué no hemos de serlo?

FELISA. ¡Calla..., calla!, que me parece oírme más que oírte, y, no quiero, no quiero, no puede ser; tú verás como no puede ser. ¡Genoveva, hija mía!... ¡Genoveva!...

GONZALO. ¿Qué vas a decirle?

ESCENA XIII

DICHOS y GENOVEVA.

GENOVEVA. ¿Qué quieres?

FELISA. Recuerda lo que oíste un día a Gonzalo..., a tu padre. Tu vida es tuya y eres tú la que debe decidir entre nosotros. ¿Qué quieres tú?; la verdad, ¿qué quieres tú que sea de nosotros?

GENOVEVA. Lo que tú quieras. Perdóname lo que te dije antes. Tú sabes más que yo de la vida, y aunque te equivocaras, yo sé que es por cariño.

FELISA. Y siempre sería mejor que tuviera yo que arrepentirme que no que tuvieras que arrepentirte tú. *(A Gonzalo.)* Ya lo oyes; también ella teme engañarse, y en la duda quiere que yo decida, que sea yo la que se engañe; pero sólo al ver que duda en decidir por mí, ya veo que no estoy engañada al haber decidido. Antes pude creerlo; en la satisfacción de mi vanidad, fué tanta mi alegría, que pude creer triunfo lo

que yo deseaba que fuera sacrificio; ahora el dolor me advierte de la verdad y tranquiliza mi conciencia, y esa verdad será la única verdad entre tanta mentira, hasta la de mi nombre, que ni yo misma sé cuándo ha sido verdad.

GONZALO. Para mí no has tenido más que un nombre, tú sabes cuál.

FELISA. ¡Pepa Doncel!... Tu Pepa Doncel... Un nombre.

GENOVEVA. Para mí no has tenido más que uno: madre.

FELISA. Ése sí, ése sí; por ése solo es para mí un orgullo el otro nombre, el que llevaba cuando tú naciste; aquel nombre, el de tu cariño: Pepa Doncel.

GENOVEVA. ¿Por qué lloras así?

FELISA. Por ella.

GONZALO. Vamos. Nada de lo que ha sucedido es para que llores; ¿no es lo que tú querías, lo que tú deseabas? Ahora tú dirás lo que los demás debemos hacer.

FELISA. Tú volverás a Madrid hoy mismo.

GONZALO. Ya lo había pensado. Yo solo.

FELISA. Genoveva no puede acompañarte; su ausencia daría lugar a nuevos comentarios, y ya es hora de que acaben los comentarios. Dentro de unos días, cuando hayamos fijado plazos y fechas, iré yo con ella a Madrid a nuestros encargos, nuestras compras. También iremos a París unos días. *(A Genoveva.)* ¿Te acuerdas?... Eras casi una niña. ¿Te acuerdas de un vestido de boda que vimos?... ¿Fué en casa de Calot o de Martial y Armand? No recuerdo; sólo recuerdo que tú lo mirabas extasiada y me dijiste: «Cuando yo me case quisiera llevar un vestido como éste.» A tu padre le hizo mucha gracia.

GONZALO. ¿A su padre?

FELISA. Bueno, ya sabéis de quien hablo. También quiero llevar a París algunas de mis alhajas, muy buenas, pero de muy mal gusto los engarces, para que allí las cambien la montura; Arpels o Cartier harán maravillas. ¡Tú verás, tú verás!... Quiero que tu truseau sea el de una princesa, aunque el marido no sea el que

yo había soñado para ti. En fin, no es mal muchacho y se dejará manejar.

GONZALO. ¿Ya piensas también en manejarle a tu antojo? En fin, así me gusta oírte. ¿Ya estás contenta?... Como siempre: del llanto a la risa, de la risa al llanto, como siempre...

Cielo de abril es tu cara:
risa y llanto, lluvia y sol...

FELISA. ¿Para que recuerdas ahora esas tonterías?

GONZALO. Es verdad; no recordemos nada.

FELISA. ¿Quieres decirme que yo no tengo seriedad, que río y lloro por nada? Soy, he sido siempre como es la vida: alegre y triste. La vida es como un viaje por mar: hay días de calma, hay días de borrasca; lo importante es ser un buen capitán de nuestro barco.

GONZALO. ¿Como lo has sido tú?

FELISA. Llegar adonde se quiere llegar, adonde se debe llegar; poder más que la vida.

GONZALO. ¿Y si algo estorba?...

FELISA. ¿Por qué dices eso? A mí no me ha estorbado nada ni nadie en la vida.

GONZALO. Es verdad: has sabido servirte de todo.

FELISA. ¿Es un reproche? Pues lo acepto. Queriéndote como tú sabes que te he querido, he sabido defenderme de quererte demasiado, ya lo ves, para salvar de nosotros mismos lo mejor de nuestro cariño. ¿A qué debes poder mirarte hoy en tu hija como nos gusta mirarnos en los hijos? Con el orgullo de saber que por nosotros, quizás hasta por la vergüenza y el dolor de nuestras culpas, han podido ser mejores que nosotros...

FIN DE LA COMEDIA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.

El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.

La escuela de las princesas, comedia en tres actos.

El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.

Ganarse la vida, juguete en un acto.

El nietecito, entremés.

La señorita se aburre, comedia en un acto.

La losa de los sueños, comedia en dos actos.

La Malquerida, drama en tres actos.

El Destino manda, drama en dos actos.

El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.

La propia estimación, comedia en tres actos.

Campo de armiño, comedia en tres actos.

La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)

La ciudad alegre y confiada, comedia en un prólogo y tres cuadros. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.

El mal que nos hacen, comedia en tres actos.

De cerca, comedia en un acto.

Los cachorros, comedia en tres actos.

Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.

La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.

La ley de los hijos, comedia en tres actos.

Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.

La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.

La honra de los hombres, comedia en dos actos.

El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.

La Cenicienta, comedia de magia en un prólogo y tres actos.

Una señora, novela escénica en tres actos.

Una pobre mujer, drama en tres actos.

Más allá de la muerte, drama en tres actos.

Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.

Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

Un par de botas, comedia en un acto.

La otra honra, comedia en tres actos.

La virtud sospechosa, comedia en tres actos.

Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.

Alfilerazos, comedia en tres actos.

Los nuevos yernos, comedia en tres actos.

La mariposa que voló sobre el mar, comedia en tres actos.

El hijo de Polichinela, comedia en un prólogo y tres actos.

La noche iluminada, comedia de magia en tres actos y en prosa.

Y va de cuento, comedia en un prólogo y cuatro actos.

El demonio fué antes ángel, comedia en tres actos.

¡No quiero, no quiero!..., comedia en tres actos.

Pepa Doncel, comedia en tres actos y dos cuadros.

Para el cielo y los altares, drama en tres actos, divididos en trece cuadros, y un epílogo, y en prosa.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.

Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.

La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.

La copa encantada, un acto, música de Lleó.

Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** peseta